



COLECCIÓN PÍNFANOS

VOLUMEN 4

ASPIRINOS

Madrid

En recuerdo y agradecimiento a todas las personas e instituciones que, a lo largo del tiempo, hayan contribuido con su cariño, esfuerzo y dedicación a que el hecho de ser pínfano no fuera únicamente una desgracia.

© *De los autores indicados en cada relato*
© *Imagen de la portada: Fernando Lazo Payo (Zoyo)*
Editado por la Asociación de Huérfanos del Ejército
Recopilación, diseño y edición: Santiago de Ossorno
Primera edición: Octubre 2013
Revisión: 29 de abril de 2023

PRESENTACIÓN	7
EL GUATEQUE.....	11
PASAS DE MALAGA.....	32
LE BOUQUET	37
JUNTAS A PICOS	56
CONVERSACIONES CON MUNDI	63
VOLVER.....	94
MI FAMILIA, PINFANOS INCLUIDOS	106

PRESENTACIÓN

Desde el instante mismo de nuestro ingreso en el colegio de huérfanos quedábamos marcados para siempre por una serie de hechos y palabras que, sin saberlo por entonces, nos acompañarían durante el resto de nuestras vidas.

Basta nombrar cualesquiera de ellas, tanto da pínfano, trapillo, pitraca, aspirino, pava o iqueo, queo! para que un caudaloso torrente de recuerdos infantiles y juveniles inunde de una nostálgica luz nuestra memoria.

Cuánta razón tiene la frase anónima «los acontecimientos, cuando no se escriben, no se cuentan o no se recuerdan es como si no hubiesen ocurrido».

Nosotros tenemos la suerte de contar con compañeros que, además de poseer una memoria prodigiosa y escribir la mar de bien, han dedicado parte de su tiempo a recordar aquellos hechos, construyendo palabra a palabra deliciosos relatos que son un fiel reflejo de nuestro paso por la institución.

En el libro que tus manos sostienen se han recogido relatos publicados en la página de la Asociación y que con los años quizás hayan ido quedando en el olvido, semi escondidos tras una maraña cibernética que a no pocos confunde.

Con la edición y publicación de la colección, gracias a los medios y tecnología actuales, desde la Asociación queremos dar a estos relatos una segunda oportunidad de ser leídos y disfrutados, tanto en formato de libro tradicional como en los modernos formatos electrónicos, porque los pínfanos tenemos una capacidad de adaptación a lo nuevo fuera de lo común.

Se han seleccionado relatos al azar, procurando que todos los colegios y épocas estuvieran representados. Otros relatos han quedado a la espera de comprobar la acogida de la idea entre los pínfanos y, de ser favorable, verán la luz en sucesivos libros que se incorporen a la colección.

Sus autores dieron un paso al frente consiguiendo superar el implacable olvido y, gracias a ellos, podemos ahora leer historias y sucesos que seguramente nos traerán a la memoria nuestras propias historias y sucesos, tan parecidas a las seleccionadas que podrían ser las mismas.

Leyendo las peripecias de los protagonistas podremos volver a vernos, siquiera en la imaginación, tal como éramos entonces, ¿quién no se identifica con Higinio Zardoya, Mundi, África la pínfana, el toledano Juan o el pínfano de O Grove?

En este volumen recopilatorio de la colección se ha incluido un relato que representa la excepción que permite cumplir con la regla, su inclusión es merecida porque está escrito por un hombre que también fue una excepción en su momento, hablamos de don Miguel Delibes, un escritor excepcional; que se sepa no era pínfano aunque podría haberlo sido, ¡qué menos que pínfano de honor!, porque escribió sobre nosotros y esa es otra forma de serlo o de sentirlo.

Como indica el artículo 2 de los Estatutos, nuestra Asociación «tiene por finalidad general conseguir la relación y el contacto continuo entre todos los pínfanos, estrechando lazos de compañerismo en épocas escolares y posteriores con un sentimiento social de ayuda», por lo que esta colección de libros no deja de ser un paso más que damos en esa dirección.

Esperamos que su lectura resulte grata y placentera a una mayoría, aquella que recuerda con cariño su paso por los distintos internados, a sus antiguos y queridos profesores, a los viejos compañeros de fatigas, las fiestas de la Inmaculada, la piscina del Bajo, Aranjuez o los inigualables Castillos de verano.

Desde estas líneas quisiera decirle a África, aquella entrañable pínfana de 15 años que vaticinó «aunque, quién sabe, puede que, dentro de un montón de tiempo, haya algún sistema por el que podamos volver a ponernos en contacto e incluso reunirnos los que pasamos tantos años en los colegios de huérfanos» que volverás a reunirte con tus compañeras de ayer, quizás ya lo hayas hecho, pero esta vez será solamente para disfrutar del reencuentro; acertaste de lleno: tenemos nuestra página web, hemos celebrado una decena de Días del Pínfano y la Asociación sigue adelante, vivita y coleando.

*Santiago de Ossorno
Secretario de la AHE, 2013-2017*

EL GUATEQUE

Autor: Lucas Remírez

CAPÍTULO I

La música sonaba a medio tono y se trataba de una música lenta que envolvía la estancia en un ambiente intimista. Las parejas apenas se movían y se hubiera dicho que estaban conjuradas para no ocupar, cada una, más allá de un par de baldosas. La iluminación tampoco era gran cosa, alguien había apagado la lámpara que colgaba del techo y en su lugar, un par de lámparas pequeñas de mesa, cubrían las mínimas necesidades de luz de la habitación. En el pic-up un single de los Pop Tops, más concretamente: "Oh lord, why lord" se encargaba de dirigir el ritmo de los bailarines.

—¡Pero vamos a ver, no hay algo más movido!

La que había lanzado la exclamación era Marta, "la bailona", como la llamaba Nico.

—Tú misma —dijo el pínfano— en esa mesa tienes todos los discos que hay. ¡Acabas de romper el encanto!

—Encanto, encanto, menudos carotas estáis hechos—dijo la bailona en un tono, mitad de reproche y otro tanto de complicidad.

Se encendió la lámpara grande y el hechizo desapareció.

La otra aprovechó para colocar en el plato: "Every night" de Paul Anka.

Las parejas eran seis. De los chicos, cuatro iban vestidos iguales; se habían quitado las chaquetas y vestían una camisas blancas, con corbatas negras y pantalones azul marino. Los otros dos, también en mangas de camisa, pero cada cual con prendas diferentes.

Las chicas formaban una amalgama de colores producida por las faldas, las blusas y los conjuntos que llevaban.

Los cuatro que vestían iguales eran: Nico, Beni, Jorge y Mundi. Los otros chicos: Enrique el aspirino, que ponía la casa y Ricardo, un vecino amigo de Enrique.

Las chicas: María, hermana del aspirino, alta, morena y con el pelo muy corto. Llamaba la atención por los ojos tan grandes y tan negros que tenía. Llevaba una falda de cuadros plisada por encima de la rodilla y una blusa blanca con chorreras. Mundi se fijó en ella nada más verla.

Ester, rubia, con ojos muy claros entre azules y grises, lustrosa, como la definió Nico, es decir, un pelín entradita en carnes. Con un conjunto de punto azul celeste que realzaba su figura, probablemente, más desarrollada que lo que correspondería a su edad. Llevaba unos pantalones pitillo negros y unas manolitas. Una media melena y una diadema, encuadraban la redondez de su cara con dos hoyuelos, uno a cada lado de las comisuras de los labios.

El contrapunto lo ponía Marta, delgada y vivaracha. Tenía un puñado de pecas repartidas por los pómulos. El pelo lo llevaba recogido en forma de cola de caballo lo que le dejaba la cara despejada y daba la sensación

como si los ojos pardos los tuviera rasgados, según Beni, de lo que le tiraba la coleta. Vestía blusa a rayas azules y rojas y una falda negra, también por encima de las rodillas. Hablaba por los codos y mascaba chicle. En cuanto sonaba la música, ella empezaba a bailar, estuviera o no acompañada en su danzar. De ahí, el apelativo de “bailona” con el que la bautizó Nico.

La cuarta chica era África, pínfana, prima del aspirino. Rubia, con coleta, llevaba un vestido de bichí con cuadros blancos y verdes, a lo Brigitte Bardot, mangas tres cuartos y cinturón ancho. Con sus quince años recién cumplidos, acumulaba un buen historial pínfanil. Huérfana desde los seis años, había estado en el colegio hasta los catorce que es cuando a su madre le sonrió la vida y consiguió una posición económica lo suficientemente fuerte como para poder sacar a su hija del colegio. Ella merece relato aparte.

La quinta, Mariló, morena con melena larga y diadema. Llevaba un vestido con falda acampanada y manga farol. Usaba gafas que le daban un aire de intelectual. Tenía de coletilla la frase: “Como yo digo...”.

Y por último Almudena, la más risueña, con pelo castaño a lo garçon, conjunto celeste y falda a cuadros. Su voz era de auténtica vicetiple y había veces que cuando se reía producía una auténtica estridencia. El acné había tomado posesión de su frente pero ella lo combatía a base de mucho “pote”.

Excepción hecha de la pínfana, las otras eran lo que entonces se llamaba niñas bien y hoy reciben el apelativo de pijas.

CAPÍTULO II

El por qué los cuatro pinfanos estaban incrustados en este ambiente, tenía su origen en el comienzo de la semana anterior, cuando el aspirino soltó aquello de: “El domingo doy un guateque en casa, si queréis venir...”. Beni cuando le oyó bizqueó un poco de la emoción, a Mundi y Nico les corrió un escalofrío por la columna y Jorge dijo que ya le contestaría. El otro les dijo que la cosa urgía para que a su hermana le diera tiempo a buscar amigas, en número variable, según cuantos chicos fueran. Los cuatro dijeron que vale, que sí, como haciéndole un favor. ¡Qué puñeteros!

La semana transcurrió con tensión, se portaron como auténticos alumnos disciplinados y estudiosos, todo menos tenerse que quedar sin salir el domingo.

Al fin, el día señalado llegó. Mundi apenas comió pensando en cómo se lo iba a pasar por la tarde. ¡Era su primer guateque! No conocía a ninguna de las chicas que iban a ir, lo mismo que les pasaba a sus colegas. El aspirino les había dicho que ellos tranquis, que eran amigas de su hermana y que estaban bastante bien, ¡ah! y que una, su prima, era pínfana como ellos.

—Bien, uno: ¿Cómo vamos?, ¿De calle, de uniforme?—La pregunta la había lanzado Jorge.

La solución llegó rápida.

—Como yo vaya de calle y me vean la cazadora llena de lámparas, me despachan nada más llegar— el que hablaba era Nico.

—Vale —dijo Beni— de uniforme y no se hable más.

—Dos— Jorge había cogido la costumbre de enumerar las preguntas cuando hacía varias seguidas— ¿Qué le llevamos a la madre del aspirino?

—Two, que dirían los ingleses, ¿cómo que qué le llevamos?— contestó Mundi

—Tú y tu inglés, joer, la cosa está clara, el aspirino va a poner la manduca, la bebida, la casa, la hermana, las amigas y parte de los discos ¿y nosotros?— a Jorge le salió todo seguido.

—La percha— dijo Nico.

—La percha, la percha, mucho morro, algo habrá que llevar— Jorge seguía en las suyas.

Mundi estaba con el ceño fruncido y casi se le oía el ruido del cerebro y el crujir de sus neuronas. De pronto, exclamó. ¡Flores!, eso es, flores, lo vi en una peli de Gary Grant, se las llevaba a la madre de su novia.

—¿Flores? ¿Y de donde las sacamos un domingo por la tarde? —dijo Beni.

Silencio. Al poco, Nico exclamó:

—¡La Colonia de la Prensai El sábado pasado pasé por allí, tiene muchos jardines, en esta época han florecido y está llenito. Que lleve Jorge la cuchilla que emplea para las disecciones y yo me encargo del resto.

—Vale, vale, esto marcha— Jorge irradiaba felicidad.

—Tres— miró a Mundi de reojo que, por lo bajo, dijo:

—Three.

—Eso, three,— continuó Jorge— ¿Cómo vamos?, ¿en metro?, ¿en tranvía?

—En tranvía nos será más fácil, —era Beni el que contestaba— aunque tengamos que andar un poco

más para llegar a casa del aspirino, desde que nos bajemos— y recalcó la palabra “bajemos”.

Bien, sólo quedaba terminar el postre, manzana para no variar, e iniciar los preparativos. Fuera trapillo y arreglo personal con meticulosidad. Sobre todo Nico. Cuando Mundi entró en los lavabos, allí estaba dándose un poco de jabón en el pelo para que se le quedara pegado y la verdad es, que estaba hecho un Gardel cualquiera, con el pelo peinado hacia atrás y una raya al costado. Incluso le brillaba. Una vez hechos unos pinceles, salieron y se dirigieron hacia la Colonia de la Prensa.

Era un conjunto de viviendas situada entre el Bajo y el Alto, constituida por una serie de casas unifamiliares rodeadas de jardines a la que se entraba por una arcada y que Mundi dedujo que se llamaba así porque allí vivían periodistas.

Entraron los cuatro, tranquilos, como si pisaran terreno propio.

Mayo estaba en su plenitud y tanto los parterres de la colonia, como los jardines privados de las casas, estaban repletos de flores. No se oía ni un alma y daba la sensación como si todos se estuvieran echando la siesta. Todos no, una mujer entrada en años, estaba con unas tijeras adecentando un rosal. Los cuatro se miraron y no hizo falta mediar palabra entre ellos. Jorge, el fardón, se estiró la chaqueta del uniforme y se adelantó hacia la señora, mientras los otros se quedaban en un discreto segundo plano.

La mujer se quedó mirando cómo se acercaba hacia ella.

—Buenas tardes, señora— dijo Jorge.

—Hola, buenas tardes— dijo la dama sin saber muy

bien que quería ese chico, vestido de uniforme azul marino, tan majo.

—Verá señora, mis amigos y yo, tenemos un problema. Somos del colegio de huérfanos y este mes, como sabrá, se celebra el mes de las flores. Esta semana nos toca a nosotros conseguir flores para ponérselas a la Virgen, si Vd. supiera de alguien que nos pudiera regalar un ramo se lo agradeceríamos—. Al finalizar la frase, Jorge miró hacia ambos lados como el que busca a alguien, dándole a entender a la señora que la cosa no iba con ella.

La mujer posó la mirada sobre los otros tres que permanecían en segunda fila y lo que vio fue a tres mozos, perfectamente vestidos de uniforme y con tres beatíficas sonrisas, pendientes de lo que ella contestase.

—Y qué pasa, ¿que el colegio no tiene dinero para ponerle flores a Virgen?— dijo la mujer.

Jorge, para entonces, ya se había fijado en la placa circular, con la imagen del Sagrado Corazón en relieve, que figuraba en la puerta de la casa de la mujer.

—Verá señora, supongo que si tendrá, pero el mérito es que seamos nosotros los que le llevemos las flores, ya sabe: "Venid y vamos todos...".

—Tú, desde que años llevas en colegios de esos, hijo— dijo la señora.

Ya has caído, pensó Jorge, al oírle lo de hijo.

—Desde los 8, señora y mis amigos poco más o menos.

—¡Pobres! —dijo— esperad un poco, que os voy a preparar un ramo bien bonito, de los que llaman la atención.

A los tres pájaros de segunda fila se les amplió la

sonrisa como auténticos anuncios de Netol.

Y así fue, un ramo de rosas rojas aterciopeladas con papel y todo, para que no se pincharan con los tallos al llevarlo.

—Muchas gracias, señora—dijo Nico, mientras cogía el ramo.

—De nada guapos y le rezáis un Ave María de mi parte a la Virgen.

—No se preocupe señora, que rezaremos una cada uno— dijo Mundi.

La mujer los vio partir y lanzó un suspiro de felicidad, la felicidad propia de quien ha hecho una buena obra.

La parada del tranvía estaba cerca de la puerta de la Colonia. Al poco llegó uno. Día de fútbol, lleno hasta los topes. A duras penas consiguieron meterse, el último, Nico con las flores. Llevaba un pie dentro y el otro en el estribo, el brazo en alto para que no le machacaran el ramo.

El cobrador, enjuto y con un gran mostacho entrecano, de gris y tocado con una gorra, tenía mala tarde. No debía haberse comido esas lentejas con chorizo que le había preparado su mujer y menos, empujarse dos guindillas. Ahora le subían unos ardores desde el estómago que parecía que tuviera una hoguera dentro. Había tratado de arreglarlo con un copazo de chinchón en un bar próximo a la última parada, mientras su compañero el conductor, cambiaba de catenaria el cable del trole, pero ni por esas. Encima, aquello estaba imposible, el tranvía lleno, gente en el estribo y no había manera de que se bajara nadie y aquello empezara a aligerarse. Desde su pequeño mostrador a la entrada, con su cajón para las monedas

y su tablilla con los billetes, trataba de ir cobrando. Había veces que dudaba si tirar del cable que hacía sonar la campanilla al lado del conductor para avisarle que podía arrancar; sobre todo, le preocupaba un pobre chaval de uniforme, con un ramo de flores, que parecía que se iba a caer en cuanto el tranvía tomaba una curva.

En una de las paradas se bajaron algunas personas y hubo movimiento dentro, aunque siguió entrando gente. El chaval de las flores no conseguía meterse del todo y eso que le veía hacer fuerzas intentándolo. Dos compañeros del chico, supuso, porque también iban vestidos de uniforme, llegaron a su altura y embebidos que iban en una conversación, le dijeron:

—Nuestro compañero, paga los billetes.

—¿Cuál, ése de ahí?

El de “ahí” era Mundi, que estaba entre ellos dos y Nico, separado, tanto de unos, como del otro, por un grupo de gente.

—No— dijo Jorge —el de las flores— Y siguió en su animada conversación con Beni.

Nueva parada y nuevo movimiento de gente.

Mundi llegó a la altura del cobrador y entre dos personas que estaban pagando, le dijo:

—Mi compañero.

—Si, ya lo sé— le dijo el cobrador, mientras estaba pendiente de los cambios que les tenía que devolver a los otros y le subía un ardor que no podía aguantar.

Echó una ojeada y vio al de las flores que ya había conseguido entrar aunque estaba todavía separado de él por tres o cuatro filas de pasajeros. Eso sí, en una mano llevaba el ramo en alto, tal cual la estatua de la

libertad y en la otra se le adivinaba un billete de cinco pesetas con la que hacía gestos como para llegar a pagar, pero era imposible. Los otros tres, habían tenido más suerte y ya estaban juntos a la altura de la puerta central del tranvía, vamos, la de bajada.

Eso es lo que debieron hacer, bajarse, porque en la siguiente parada, un montón de gente estaba pendiente de subir y cuando el tranvía paró, el cobrador sólo acertó a ver un ramo de flores en dirección contraria al flujo de los que entraban y por encima de sus cabezas. Cuando miró para el otro lado, los tres que habían pasado, ya no estaban. Con los estribos a rebosar de pasajeros, le dio a la campanilla, con tal fuerza, que por poco se queda con el cable en la mano. Los que estaban junto a él, le oyeron decir entre dientes algo así como: “¡La madre que me parió, otra vez me la han pegado, encima, como van vestidos iguales no hay manera de distinguirlos!”.

No estaba seguro, pero con el tranvía en marcha y mientras cobraba a los que tenía delante, le pareció ver por el rabillo del ojo, cuatro figuras de oscuro caminando por la acera opuesta, una con un ramo de flores y juraría que, el del ramo, le decía adiós con la mano.

CAPÍTULO III

La casa era bonita, de construcción modernista situada en un buen barrio de Madrid. El padre de Enrique, Teniente Coronel de Caballería, era profesor en la Escuela de Equitación. Había hecho, lo que se decía, un buen matrimonio, vamos un braguetazo, casándose con una terrateniente sevillana a la que

conoció en los tiempos en que estuvo destinado en la Yeguada Militar de Jerez y vivían de forma desahogada.

Por qué el hijo apareció por el Bajo, se remontaba a dos años antes cuando, Enrique, apareció con las notas de fin de curso llenas de suspensos excepto: Religión, Educación física, eso sí, ésta con sobresaliente y Dibujo. Al chaval, la edad del pavo, le había cogido a contrapelo y se dedicó a hacerse castillos en el aire y la verdad es que, cuando se le veía ensimismado, parecía como si le hubiera dado un mal. Se enamoraba de todo lo que se movía siempre que llevara faldas. Hasta la doncella que tenían, Estrella, se quejó a su madre de que, cuando menos lo esperaba, le pegaba pellizcos “en ya sabe Vd. donde, señora”.

La madre, comprensiva, quiso convencer al padre de que aquello era normal, cosas de la edad y que había que darle otra oportunidad. El padre, que las veía venir, le dijo que la mejor oportunidad la iba a tener en el colegio de huérfanos, que verás que bien, qué pronto espabilaba, y con qué velocidad se iba a dar cuenta de lo que valía un peine. La madre a duras penas cedió y Enrique se vio vestido de trapillo en medio de un montón de chicos de su edad que así, de pronto, empezaron por llamarle Quique el aspirino, y con frecuencia el aspirino, sin más.

El portero, perfectamente uniformado, a través de los cristales de su garita, les vio entrar y saliendo de ella les cortó el paso preguntándoles dónde iban. Jorge, que iba el primero, le miró de arriba abajo y le dijo: “Al tercero derecha, a casa del señorito Enrique”, con un cierto matiz, en la entonación, de recochineo. El hombre, que por el hablar parecía asturiano o gallego, les pasó revista uno por uno hasta que se detuvo

en Nico con el ramo de flores. Mientras mantenía la mirada de Nico dijo: "A vosotros, jóvenes como sois, no os importará subir por las escaleras". No era pregunta sino aserto.

Nico consideró que, ya que le estaba mirando, era él quién debía contestar:

—Pues mire, gracias por la idea pero, si no le importa, vamos a subir en el ascensor. No hace falta que nos abra la puerta— e inició la marcha hacia el ascensor, pasándole el ramo de flores, tan cerca de la cara, que el otro tuvo que apartarse hacia atrás para evitarlo.

El ascensor era un habitáculo de madera con puertas de batiente y con un gran espejo en la parte frontal a la puerta de entrada, que se movía a lo largo de una jaula de rejilla metálica. Encima de la botonadura un letrero advertía: "SÓLO DE SUBIDA".

Cuando llegaron al tercero, la puerta del piso donde vivía el aspirino se abrió dando paso al padre de Quique que se iba al fútbol.

—¡Hola chavales! —les dijo—. Siento no poder estar un rato con vosotros, pero llego tarde. Que lo paséis bien. ¡Ah!— dijo antes empezar a bajar por las escaleras— un día, ya quedará Enrique con vosotros y nos iremos todos al fútbol. A Mendoza hay que verlo. ¡Algo fuera de serie y no digamos nada Collar!

Al irse había dejado la puerta abierta y los cuatro se encontraron en el vestíbulo dudando qué hacer. La duda la solventó Beni cerrando la puerta de golpe. Al oír el portazo apareció en el pasillo Estrella, la doncella, embutida en un uniforme gris, con delantal y cofia blancos incluidos.

—Vosotros sois los amigos del señorito Enrique, ¿verdad? Pasad por aquí.

En esas apareció la madre de Enrique y se encontró con los cuatro precedidos del ramo de flores.

—¡Ahí va, que majos! ¡Enrique, tus amigos!— Le dio un beso a cada uno y cuando llegó a Nico que portaba el ramo le dijo:

—¿Y estas flores?

—Para Vd., señora— dijo el portador.

La mujer no salía de su asombro.

—Muchísimas gracias, son preciosas. Menudo detalle, estáis hechos todos unos caballeros.

Hablaba muy seguido y como si tuviera prisa.

“Me pega que esta mujer está un poco ida”, pensó Mundi.

Les acompañó hasta una habitación que estaba a mitad del largo pasillo. Era el comedor, grande, con una aparador de tres cuerpos de madera noble tallada, que ocupaba casi una de las paredes. En la otra, presidiendo la habitación, un gran cuadro de Cusachs que representaba una carga de Caballería.

La mesa del comedor, con las patas labradas con motivos florales, había sido desplazada hacia el aparador para dejar un espacio en el centro del salón. En una de las esquinas un reloj de pie de carillón, dejaba sonar su maquinaria, allá en el fondo de sus entrañas, que movía un péndulo con rítmico vaivén. El suelo era de tarima bien acuchillada y reluciente.

Del techo pendía una enorme araña de cristal de Bohemia, en la que la luz que entraba por las ventanas producía irisaciones en los lagrimones que pendían de cada brazo y que por su tamaño, hizo pensar a Mundi: “Como se caiga uno, descalabra al que le coja”.

Una de las paredes restantes constituía una arcada

que daba acceso a lo que debía ser el cuarto de estar. Dos cortinones de terciopelo granate servían de separación de las dos estancias. Ahora se encontraban recogidos, uno a cada lado del arcada, sujetos con sendos cordones del mismo tono.

Allí estaban todos: Quique, su hermana, la prima África, el vecino y las otras cuatro amigas. Mientras se efectuaban las presentaciones la doncella iba sacando a la mesa del comedor: mucho emparedado, medias lunas, unos platos con fiambres, pastas, pastelillos, unas jarras de limonada y una ponchera con cap de frutas.

La madre dijo que se iba a su partida de bridge. Más besos.

El pick-up estaba funcionando con una canción de Harry Belafonte, “Banana boat”.

Era una caja de color verde que estaba dividía en dos partes: la superior, en la que se encontraba el altavoz, estaba separada de la otra una distancia como de un metro, lo que daba de sí el cable del sonido, y la inferior, que era la que contenía el brazo y el plato en el que giraba el disco. Una pequeña palanca daba opción a que el giro fuera a cuarenta y cinco o treinta y tres revoluciones.

Los discos fueron el tema de la conversación inicial para romper el hielo. Había muchos y para todos los gustos la mayoría eran singles aunque también había long play’s.

Había que reconocer que los cuatro pínfanos les habían impactado a las chicas; rompían los moldes de los chicos con los que ellas se habían relacionado hasta entonces y la curiosidad se les apoderaba. La única que se encontraba en su salsa era África, para ella los

cuatro, y eso que acababa de conocerlos, eran como algo suyo, como si hubieran estado siempre juntos y además se lo pasaba en grande con sus ocurrencias y le encantaba el vocabulario tan peculiar que empleaban. Ellos, lo que se dice cortados, nada de nada, al contrario, al poco ya dominaban la situación y Mundi se acercó al tocadiscos y al montón de discos y con movimientos resueltos sacó uno de la funda en la que aparecía la foto de Neil Sedaka, vio que la canción que quería estaba en el tercer surco y después de tres rayadas, empezó a sonar a “A stille guitar and a glasse of wine”.

—Me gusta lo americano— dijo y mientras sonaba el disco, él iba traduciendo lo que decía, quedándose tan fresco ante el impacto causado en la concurrencia femenina y agradeciendo mentalmente a su tía el haberle enseñado inglés desde tan joven.

.Mientras la música sonaba, Enrique, Jorge y Mundi fueron hacia la mesa de la merienda.

—¿Y si animamos un poco la ponchera?— dijo Jorge.

Enrique no entendió lo que decía su amigo y puso cara de interrogación.

—Si hombre —continuó— se le puede echar algo de licor del que hay en el aparador y así tendrá otro sabor.

—Y canela, mucha canela— dijo Mundi.

—Espera, espera, —dijo Enrique— el uno licor, el otro canela, si se entera mi padre que echamos morapio, se terminan los guateques y es capaz de cortarme el pelo al cero y se entera seguro porque Estrella es muy chivata. Y si se enteran las chicas de lo de la canela se piran todas.

—Pues yo creo que la canela le daría muy buen sabor— insistió Mundi.

—Joer, que fijación con la canela, ya le voy a pedir a Estrella canela.

Jorge y Mundi se lanzaron una mirada de complicidad.

Al poco volvió Enrique.

—No hay canela, pero, la puñetera, me ha dado unas cuantas cáscaras de limón que dice que también le da muy buen sabor.

Decepción de los dos ladinos.

—Bueno, qué le vamos a hacer, para el próximo habrá que tener previsto lo de la canela— dijo Mundi quien, de paso, aprovechó para echarle un tiento a los emparedados. Cundió el ejemplo y en poco tiempo estaban todos en torno a la mesa, comiendo y charlando, mientras sonaba la música, que, por cierto, sonaba de maravilla, hasta que Nico le dio por poner "El cerezo rosa" de Pérez Prado y empezó a sonar como gangoso.

—¡Nico, 45 revoluciones, no 33! Ya sabes, un cuatro y un cinco, que juntos hacen 45, con muy buena piedra, por cierto— Era Beni el que gritaba.

—¿Qué es eso de la piedra?— preguntó la pínfana a Beni, con el que había hecho muy buena migas y no se cansaban de contarse confianzas.

—Nada, cosas nuestras— le contestó Beni saliendo del paso de mala manera.

Cuando por fin se escuchó como debía, la bailona, como impulsada por un resorte se puso a danzar y con ella, poco a poco, todos.

CAPÍTULO IV

Nico, el chulo de Nico, en realidad no sabía bailar muy bien, más bien no sabía bailar, pero le ponía mucho empeño y tampoco sentía el más mínimo complejo, sobre todo a la hora de marcarse un twist que parecía se iba a descoyuntar cuando doblaba las rodillas y se echaba para atrás; todo lo contrario, en un momento determinado de la jornada, África vino hacia Mundi que estaba bailando con la hermana del aspirino y le dijo en voz baja:

—Oye, mira a ver si marcas a Nico, que le ha llamado cordera a Mariló cuando ha ido a sacarla a bailar.

“Chirpi chirpi chep chep”, “El twist del mundo”, “La escoba”, “Contigo en la playa”, “Cuando digo que te amo” “Ese beso”, “Guarda come dondolo”, “La chevecha”, “La tembladera”, “Flamenco”, “Black is black”, “La moto”, iban sonando una detrás de otra.

Alguien consideró que era hora de ponerse tiernos y empezaron a sonar:

“Hoy de rodillas”, “Chao, chao bambina”, “Corazón gitano”, “El ritmo de la lluvia”, “La lontananza”, “Los días del arco iris”, “Tell Laura I love her”.

Ahí es cuando Jorge, decidió que se bailaba mejor a media luz, como el tango y apagó la araña y así estaban mientras uno tras otro fueron sonando las canciones y cuando iban por la de los Pop Tops, es cuando la bailona interrumpió en la escena y rompió el encanto, que dijo Nico.

Así que la música varió otra vez de contenido y “Get on your kness”, “Los chicos con las chicas”, “Los cuatro muleros”, “Nit de llampecs”, “La moto”, “Il peperone” discurrieron por encima del plato.

Pero duró poco porque enseguida empezó a sonar: “Mis manos en tu cintura”, “Perdóname”, “Aquél amanecer de mayo”, “Amor de verano”.

Mundi con María, Beni con África y Jorge con Ester, bailaban lentitos aunque, eso sí, como le dijo en un aparte Beni a Mundi: “Parece que todas hayan aprendido a bailar en la misma academia, pues, en cuanto intentas arrimarte un poco, te encuentras con el antebrazo colocado de tal forma que, cuanto más aprietas, más se te hunde el esternón y claro no es cuestión de fracturárselo.

Pasando de bailes, en un costado del salón, Nico tenía como embelesadas a Mariló, Almudena y Marta, incapaces de adivinar con qué les iba a sorprender mientras le oían que decía:

—Ahora, para que os enteréis de cómo se las gastan en mi pueblo, os voy a interpretar unos cuantos gozos de las aleluyas que cantan los mozos en el Rosario de la Aurora—. Las otras quietas, expectantes, Enrique haciéndole gestos para que se callase, porque sabía de lo que iba el asunto, pero él a lo suyo, crecido.

A todo esto, de tanto ejercicio durante toda la tarde, había empezado a sudar, se le había empezado a disolver el jabón que llevaba en la cabeza, a guisa de fijador y le empezaba a caer un pequeño chorrete de líquido desde el pelo, que le discurría por la patilla y le llegaba ya, casi hasta el lóbulo de la oreja. Él, sin cejar en su empeño, empezó a interpretar las preces con una tonadilla pegadiza, propia de los cuentacuentos que iban por los pueblos.

Gozos de San Antonio —dijo— y empezó la tonadilla:

*Un insecto venenoso
que sapo suelen llamar*

*a San Antonio bendito
pusieron para cenar.
Echa bendeción el Santo
sobre la bestia dañina
y el venenoso animal
convertiose en una enguila.
Tanta y tan grande miseria
este buen santo llevaba
que en el plieque de su habito
¡Cada piojo como un haba!*

Y decía: habito, enguila, bendeción y convertiose. Esperó la reacción de la concurrencia, que no acababan de salir de su asombro y sin tiempo para que reaccionaran, carraspeó un poco, bebió un sorbo de un vaso, sin preocuparse de quién era el vaso y continuó:

—Ahora, los de San Sebastián. Pobre hombre, como las tuvo que pasar— dijo, y con el mismo sonsonete continuó:

*Glorioso San Sebastián
que por el Ebro bajaste
subidico en un madero
y en Pradilla te quedaste.
En un invierno mu frío
te arrastraron por las nieves
y lo mismo que a un marrano
te colgaron de los pieses.
Glorioso San Sebastián
Si con un tiempo tan crudo
Te sacan así, desnudo
¡En verano, que t'harán!*

Las otras, que en su corta vida y en el ambiente en que se desenvolvían, jamás hubieran pensado encontrarse con un tipo tan pintoresco como Nico y a la vez

tan entretenido, irrumpieron en aplausos y carcajadas y Nico, soltándose el botón del cuello de la camisa y bajándose el nudo de la corbata, dijo:

—Pues ahora, la rematadera, los mejores de todos, los de Santa Águeda...

Cuando se está pasando bien, muy bien, como era el caso, el tiempo transcurre rápido, las horas parecen que tuvieran minutos de menos y los minutos vacíos de segundos; el gran reloj de pie, desde su esquina del salón, dejó sonar su carillón, que inmisericorde, una a una fue desgranando sus campanadas hasta concluir la hora fatídica, la hora previa a la de recogida de la pinfanada. Una hora les quedaba a los cinco, para atravesar la Puerta bonita y librarse de quedarse el domingo siguiente sin salir.

Así que, Enrique dijo:

—Déjalo Nico, la próxima vez será, tenemos que salir echando humo o no llegamos.

Despedidas raudas “nos lo hemos pasado fenomenal”, “hasta la próxima que espero que sea pronto”, “volveremos a vernos”, “a ver si es verdad”, “contamos con vosotros para el próximo”. Puesta de chaquetas y escaleras abajo. Carrera y por fin, un poco de sosiego una vez sentados en el vagón del metro que les dejaría cerca del colegio. Charla con cambio de impresiones sobre lo vivido, todos menos el Mundi que parecía como si le hubiera dado un aire.

—Y a éste, ¿qué le pasa?— dijo Enrique.

—Está enamorado— contestó Nico.

¡Los guateques! ¡Ay, los guateques!, que buenos recuerdos guardaba Mundi de ellos, él y los de su generación. Aquella generación del Dúo, de Los Bravos, de Paul Anka, de los Brincos, de los Sonors, de

Adamo, de los Cinco Latinos, de los Platters, de Pérez Prado, de los Pequeniques, de los Canarios y de tantos otros.

Qué agradecidos estaban a los que los organizaron en sus casas, que les invitaron, que pusieron los discos, que les dieron la oportunidad de conocer a la chica que les gustaba y poder así, con la disculpa del baile, tenerla cerca a pesar del antebrazo o, si había suerte, sin ese impedimento. Que cosquilleo subiendo desde el estómago ante la incertidumbre de con quién se iban a encontrar, si iría aquella amiga de la amiga de la hermana, a la que veían pasar cuando iba al colegio y con la que cruzaban miradas en aquellos interminables carruseles de chicos y chicas paseando, que se formaban en los paseos de moda de las pequeñas ciudades, los sábados y domingos, al atardecer; chicas por un lado, chicos por otro, hasta que se buscaba la disculpa para el encuentro. Y los primeros susurros y algún beso furtivo, pocos la verdad, de roce de labios, sin más, pero suficiente para sus pretensiones quinceañeras, de los quince años de entonces. Y aquellos enamoramientos para toda la vida, que duraban un par de guateques Y aquellos olores, auténticas fragancias que se quedaban impregnando la ropa y que les servía para revivir los momentos pasados juntos.

Luego vendrían las verbenas, los bailes en salas de verano al aire libre, las salas de fiestas, las boîtes, las discotecas; pero nada se parecería a sus guateques, ni dejarían la huella que dejaron aquellos.

A todos, ellas y ellos, los guatequeros de aquellos lejanos años.

PASAS DE MALAGA

Autor: Luis Rodríguez Varea

Es inenarrable, o al menos muy lamentable, no me encuentro con la suficiente capacidad para explicarme con la exactitud que deseara, y francamente considero además que es bien difícil describir la inmensa desesperación y la tristeza del alma que experimenté cuando mi madre, y entonces incomprensiblemente, me dejó “encerrado” en aquel internado.

Entre los barrotes de la verja que bordeaba toda la finca de la calle López de Hoyos 317 (Madrid), veía como su silueta se iba alejando, hasta que finalmente desapareció de mi angustiada vista, confundida entre la muchedumbre y los vehículos.

Por primera vez en mi aun corta vida, me había quedado solo en un mundo extraño y totalmente nuevo y desconocido, completamente “solo” con mis doce años recién cumplidos.

¿Qué había hecho para merecer este aislamiento en un internado de una institución de huérfanos de Oficiales del Ejército?

¿Por qué la vida se portaba tan injustamente conmigo?

Si en aquellos mismos momentos me hubiese muerto, “nada me hubiese importado”.

En el gran patio corrían y jugaban aproximadamente otros cientos veinte niños de once a catorce años de edad, y aparentemente parecían totalmente felices.

Todos muy bien peladitos y correctamente uniformados con un traje de pantalón y chaquetilla color gris, que más que otra cosa parecían o se me antojaban “presidarios”.

Unas incontenibles amargas y enormes lágrimas resbalaban y bañaban mis mejillas, y notaba que todo mi cuerpo temblaba de verdadero miedo. Un pánico hasta entonces totalmente desconocido recorría todo mi ser y me tenía verdaderamente aterrado.

Creo que estaba rezando o bien meditando para mis adentros sobre mi perra mala suerte, cuando un repentino inesperado y estridente silbato llamó mi atención.

Todos corrieron a formar unas largas filas; casi me empujaron y me colocaron el último de una de ellas. Al llegar a la cabeza de la columna, me dieron un trozo de pan en una mano, y en la otra un puñadito de pasas, que recogí con la mayor de las perezas.

Evidentemente se trataba de la merienda. ¿Pero quién podía tener apetito en aquellos tristísimos momentos o en aquellas precisas, nefastas y desagradables circunstancias?

Volví mecánicamente al mismo lugar, junto a la verja donde un rato antes había visto desaparecer a mi madre acompañada de mi hermana Carmen. Soñaba que quizás se arrepintieran y volviendo sobre sus pasos, “me recogieran de nuevo”.

En esos momentos se me acercó un desconocido:

—¿No quieres merendar?

No le contesté nada y apáticamente le entregué mi pan y mis pasas, mientras que quizás avergonzado, intentaba disimular mi incontenible llanto.

—¿Eres nuevo, no? ¿De dónde vienes?

—De Marruecos— dije forzado y sin ganas de hablar con nadie.

—¡Un moro! ¡Ha venido un moro!

Enseguida se acercaron y me rodearon ocho o diez más para observarme bien y de cerca.

Quisiera o no, lo deseara o no, me llevaron casi en volandas a jugar al fútbol. Allí en medio del patio de recreos, veintitantos jugadores contra otros tantos del equipo contrario.

El primer balón que de rebote o pura casualidad llegó a mis pies, lo golpeé con la potencia de todas mis fuerzas, con toda la rabia y mi coraje contenido, y fue a para hasta...

Este partido de fútbol recién iniciado. Este embarullado juego duraría hasta... doce años después.

¡Jamás volvería a “mi casa”!

Ya nunca más tuve casa propia, pues mis numerosos hermanos/as, fueron casándose y formando nuevos hogares, y pronto mi madre al quedarse sola en aquellas tierras del Protectorado de España en Marruecos, decidió dejar su hogar y pasar temporadas con unos y otros de mis hermanos/as.

Tras pasar por sucesivos centros de estudios (Carabanchel Bajo en el Colegio Santiago tres años, y Santa Bárbara en Carabanchel Alto otros siete años) y casi agotando las prórrogas en el Servicio Militar y estando hasta la médula de internados y de estudios, por fin vi mi liberación del “presidio”, un día decidí cambiar el trapillo por el uniforme de “recluta en el Ejército” y, emulando al famoso y universal juego de la oca del

“tiro porque me toca”, de soldadito español pasé inmediatamente a la Guardia Civil; y de esta benemérita Institución (claro que unos cuantos años después), nuevamente al Ejército, a Sanidad Militar, consiguiendo, por fin, lo que no logré en su día durante mi estancia en Santa Bárbara en siete ocasiones o años presentándome a la Academia General Militar. ¿Quién conoce a algún pínfano, que se haya presentado tantísimas veces en Zaragoza?

Todos estos muchos años, siempre rodeado de cientos y miles de hombres. ¡Siempre hombres! ¿Es que sólo existían varones en la vida?

Continuamente rodeado de amigos y compañeros, pero siempre “solo”. Desde mi ingreso en La Inmaculada, la soledad parecía mi inseparable compañera.

Al llegar a Sanidad Militar en este mi peregrinaje por la vida, un día en Pamplona descubrí que aquel balón que un día golpeé con todas mis fuerzas e incontenible rabia, en el patio de mi primer internado, muchísimos años antes, encontró portería y acabó en un gran gol:

Encontré esa encantadora mujer soñada y continuamente añorada, que además de mi esposa y compañera, allanaba mi eterna pena por aquella lejana pérdida de mi madre.

Tengo en mente, cualquier día de estos de cualquier año de estos, hacer una visita a la Capital de la Nación. Sí, la Madrid esa de las continuas sirenas de la Policía, de las ambulancias y los bomberos. La Madrid de nuestros Colegios de Pinfanato.

Compraré un paquetito de pasas (que sean auténticas de Málaga), y en la calle Sevilla cogeré el autobús número cinco; y me iré —¿me acompañarás?— a la

calle López de Hoyos número 317, y junto a la verja del internado “La Inmaculada” —ipero esta vez por la parte de fuera!— saborearlas una a una. Poco a poco. Lentamente, muy despacito.

Allí, “será maravilloso”. Allí recordaré a mi madre.

Nuevamente la veré de espaldas. Alejarse, alejarse, hasta desaparecer paso a paso de mi vista, confundida entre los vehículos y la muchedumbre. Como un verdadero cuento de hadas, “desaparecer de mi mundo”.

Pero no de mi recuerdo ni de mi amor.

LE BOUQUET

Autor: Lucas Remírez Eguía

CAPÍTULO I

Verano de 196..

—Hijo, tengo que decirte una cosa.

Mundi estaba desayunando. El día anterior había llegado de Madrid casi de madrugada; venía con 5º de Bachiller aprobado y tenía todo el verano para él. Su madre le había ido a recibir a la estación y en cuanto llegaron a casa, se metió en la cama ya que, la mayor parte del viaje, lo había hecho en el pasillo del tren. Durmió mucho y relajado hasta que ella vino del mercado. Serían las once y media y cuando abrió los ojos, de la cocina le llegaban los sonidos del trajín de su madre y el olor a leche cocida esperando a ser mezclada con el Cola-Cao que tanto le gustaba.

Cuando estaba dando cuenta del desayuno, es cuando su madre le dijo esa frase mientras se secaba las manos con un trapo de cocina. Todavía no estaba despierto del todo y su cabeza no estaba para adivinanzas. Así que desistió de pensar en lo que quería decirle y esperó a que su ella hablara.

La mujer se sentó frente a él, colocó los codos encima de la mesa, cruzó las manos y sobre ellas, apoyó la barbilla adoptando una expresión muy similar a aquélla con la que, tiempos atrás, ¡habían pasado ya seis años!, le dijo que tenía que mandarlo al colegio de

huérfanos.

Mundi tragó lo que tenía en la boca y bebió un sorbo del Cola-Cao.

—Verás —dijo su madre— desde que murió tu padre, todos los años voy al cementerio, para Todos los Santos, a llevarle unas flores. En esas fechas, tú no estás y voy sola. Ya estás hecho un hombretón y si te parece, me gustaría que eligiéramos un día del verano para que me acompañases e ir los dos juntos; estaría bien el primer fin de semana después de que vuelvas de vacaciones. ¿Qué te parece?

Mundi la miró detenidamente y pudo apreciar que los años estaban dejando huella en su rostro, ¿o serían los sufrimientos pasados en soledad?

—Madre —dijo— no he estado nunca en ningún cementerio, me da un poco de reparo entrar en ellos, pero te acompañaré. Me parece buena la idea. Tú me dirás cuando quieres que vayamos.

—Pasado mañana que es viernes. Iremos pronto, así no pasaremos calor al atravesar el puente— le dijo mientras se levantaba de la mesa.

Mundi creyó adivinar un gesto de complicidad y agradecimiento en su cara.

Esa noche y la siguiente no durmió bien. No podía quitarse de la cabeza la imagen de Juanmi.

Juan Miguel Barreiro, gallego, muy alto y muy delgado. Tenía siempre la tez muy pálida y daba la sensación como si el pecho lo tuviera hundido. Jugaba muy bien al fútbol, aunque, con frecuencia, solía dejar de jugar cuando menos se esperaba porque, decía, le daba la sensación de que se ahogaba. Era un habilidoso a la hora de fumarse las pavas. Con un clip al que enderezaba la parte exterior o un trozo de

alambre, las pinchaba y sujetaba el clip por el otro extremo. Eso le permitía apurarlas sin quemarse hasta que no quedaba nada. Por las noches tosía con fuerza y tenía accesos de tos, que daban la sensación como si fuera a echar el pulmón por la boca. Por fin, conseguía quedarse dormido y con él parte del dormitorio. Era un chico ocurrente, siempre dado a la contestación graciosa, tenía una habilidad pasmosa para ponerle la “piedra” a cualquier palabra con la que terminara una frase. Pero Juanmi tenía una mirada melancólica, como si notara que estaba en inferioridad de condiciones con los demás. Por eso, por eso mismo, pensaba Mundi, se sentía feliz cuando los demás se reían de sus ocurrencias. Con Mundi se llevaba muy bien y Mundi lo apreciaba un montón. Un día se sinceró con él y le dijo: “Mundi, me gustaría que se me pasara esto y dejar de toser y de cansarme y ser un tío normal como vosotros”.

Mundi sólo acertó a decirle: “No te preocupes, cuando menos lo pienses se te pasará y cualquiera te para cuando corras con la pelota”.

Un día Juanmi, corría con el balón, era un partido contra el CHA, con dos fintas de cintura había sorteado a otros tantos contrarios y de pronto, se paró, se echó ambas manos al pecho y encogiéndose sobre sí mismo, soltó un vómito de sangre. Se organizó un gran revuelo, lo levantaron y entre cuatro, cogiéndole por los hombros y las piernas, lo llevaron a la enfermería. Cuando pasó junto a él, Mundi se fijó en la extremada palidez de su rostro. Sus miradas se encontraron y Juanmi musitó algo que Mundi no entendió, tenía una expresión de miedo, de impotencia, de derrota, de búsqueda de alguien que le sacara de aquel trance.

De la enfermería lo llevaron al hospital y a los pocos días les llegó la noticia de que había fallecido. En el colegio se hizo, días después, una misa funeral aprovechando que su madre venía a recoger sus cosas. Iba acompañada por el hermano mayor de Juanmi y durante toda la misa estuvo llorando en silencio. Al salir, con el director junto a ella, mirando al grupo donde, entre otros, se encontraba Mundi, la mujer acertó a decir: Gracias.

Cada vez que Mundi se acordaba de Juanmi, la imagen que le venía a la cabeza no era de cuando se fumaba las pavas, ni de cuando, apostillaba una frase de otro con una ocurrente piedra, ni cuando corría con el balón. La imagen que le venía a la cabeza era la de Juanmi derrotado, indefenso, con aquel rictus de pánico y sobre todo aquellos labios musitando esa frase que no alcanzó a entender.

El hecho de tener que ir por vez primera al cementerio le trajo a Mundi esos recuerdos de su amigo muerto y por eso llevaba dos noches sin apenas pegar ojo. "Mal comienzo las vacaciones", pensó.

Cuando, el viernes, su madre entró a despertarle, ya estaba leyendo una novela del oeste; trataba con eso de ahuyentar los recuerdos.

Desayunaron los dos juntos y una vez arreglados salieron a la calle. Nada más abandonar el portal, ella se le colgó del brazo. Mundi la miró y se dio cuenta de que su madre se sentía orgullosa de él y el gesto quería representar que se encontraba necesitada de apoyo, no precisamente físico y que él podía empezar a prestárselo.

—Estás muy guapa, madre— le dijo.

Ella le miró y con una sonrisa le contestó.

—Y tú, ¿dónde has aprendido a echar flores a las mujeres, D. Juan?, la de corazones que debes de estar rompiendo en Madrid.

—No lo creas madre, allí las chicas se fijan en los mayores, nosotros no tenemos nada que hacer.

—Pero las habrá de todas las edades ¿no? Ven, iremos por esta calle, quiero comprar un ramo de flores a las floristas que están en la puerta del mercado. Las venden recién cogidas de esta mañana.

Siguieron caminando, la ciudad, sobre todo la parte del centro por donde pasaban, ya se había puesto en movimiento y el día, se presumía, sería caluroso. Un limpiabotas sacaba brillo a los zapatos de un hombre grueso que estaba sentado en la terraza de un bar, próximo a la puerta de entrada al mismo. En la mesa redonda, de patas de hierro forjado y tablero de mármol blanco, descansaba un plato con una taza de café de la que el hombre tomaba pequeños sorbos, quitándose de la boca el cigarro puro que mantenía entre los labios. Llevaba traje azul marengo con chaleco y del bolsillo superior de la chaqueta le salía un pañuelo que hacía juego con la corbata. Se tocaba con un sombrero flexible blanco.

Mundi pensó: "Tiene todas las pintas de un tratante, forrao de pasta".

Una copa de un líquido blanco y un vaso de agua, completaban el menú. "Eso es chinchón o anís del mono", se dijo Mundi para sí. El hombre se entretenía contemplando a la gente que pasaba, mientras el limpia le estaba contando algo que le debía hacer mucha gracia. Mundi se fijó que el calcetín del pie, a cuyo zapato estaba sacando brillo el limpiabotas, lo

tenía protegido hasta la altura de los tobillos por sendos trozos de cuero, metidos entre el pie y el zapato por ambos lados. La verdad es que no le gustó como miró a su madre, aunque fueron escasos segundos ya que, el tipo, dirigió la mirada hacia una chica rubia que se cruzó con ellos. De dentro del café, con la atmósfera llena de humo, salían las voces de la clientela, a esas horas, la mayor parte, hombres que cerraban negocios, teniendo como única firma un apretón de manos y como rúbrica un trago de una copa de licor.

CAPÍTULO II

Llegaron al mercado, en un lateral, una vez traspasada la puerta, había cinco o seis mujeres, cada una de las ellas detrás de un gran caldero de hoja de lata, donde, sobre dos o tres dedos de agua, reposaban multitud de flores de largos tallos. Gladiolos, rosas, claveles, margaritas..., daban un colorido que atraía la mirada de todos los que entraban.

—Buenos días, Flora, menudas flores más bonitas tiene Vd.— dijo la madre de Mundi.

Se conocían de hace muchos años y a Mundi le hacía gracia que llamándose Flora se dedicase a vender flores. La mujer, casada con un peón caminero, tenía una huerta, a las afueras de la ciudad, que ella misma cuidaba y de donde salían las flores que luego vendía.

A Mundi, aparte de hacerle gracia el nombre de la florista, más gracia todavía le hacía, pero en otro sentido, su hija. Se llamaba Luisa, tenía un par de años más que Mundi y se dedicaba a vender leche de una vaquería próxima a su huerta. La repartía por las casas ayudándose de una bicicleta en cuya parrilla trasera,

llevaba acopladas un par de botejas, una a cada lado. La madre de Mundi era clienta, y Mundi en cuanto estaba de vacaciones era el encargado de bajar a por la leche cuando la otra llamaba desde abajo. Lo hacía de forma voluntaria, eso que en los colegios había aprendido que voluntario ni para comer, porque, como diría Nico con su lenguaje peculiar, la tal Luisa “estaba que se tronzaba de buena”. Mundi aprovechaba para charlar con la chica un rato, y de paso darse su ración de vista porque, de ahí no pasaba la cosa, ya que la otra picaba más alto.

Sí —contestó la florista— éstas son de mi huerta y están recién cogidas esta mañana. La veo muy bien acompañada por el madrileño que ya está hecho un hombre.

Mundi estuvo tentado de preguntarle por su hija, pero la florista no dio tiempo a ello porque, de inmediato, como adivinando el pensamiento, dijo:

—Yo estoy de lo más preocupada, a mi hija, se le ha metido en la cabeza que, en cuanto haga el Servicio Social, se va a París con mi hermana, que vive allí desde después de la guerra. La niña dice que aquí no tiene horizontes y que prefiere probar fortuna en aquellas tierras.

La mujer siguió lamentándose aunque Mundi ya no la oía. Acababa de sufrir un serio revés; el origen de muchos de sus sueños inalcanzables, de largas pensadas, de fantasías de quinceañero, se iba y no volvería a verla más, aunque sólo fuera en vacaciones.

En éstas, la mujer ya había preparado un ramo de margaritas grandes y blancas. Había cortado parte de los tallos y los había juntado con una liza, formando un ramo sencillo pero bonito.

—Yo te llevo el ramo, madre.

—Te digo yo que has venido hecho un galán.

Madre e hijo se encaminaron hacia la zona donde se encontraba el cementerio. Estaba al otro lado del río y cuando atravesaban el puente, les adelantaron un grupo de chicos que probablemente iban a bañarse. Unos, llevaban la toalla hecha un rulo debajo del brazo y otros, portaban unas bolsas de deporte, de diferentes colores, que semejaban los sacos marineros en pequeño.

Una vez pasado el puente, tomaron una carretera a la derecha, que discurría paralela al río a escasos metros de éste. Allí estaba. Una larga tapia de mampostería paralela a la carretera constituía el límite sur del cementerio. Dos puertas de hierro forjado, eran el acceso por esa parte, una de ellas estaba cerrada, a la otra, se llegaba a través de una pequeña rampa, atravesando una zona de castaños que estaban entre el cementerio y la carretera.

En la pared, a la izquierda de la puerta, una placa hecha en baldosas de cerámica rezaba:

*“Entra en este sagrado recinto,
haciendo honor a tu noble condición
de cristiano, tanto en el vestir como
en la dignidad de tu comportamiento”.*

El texto estaba en azul y orlado con una cenefa de motivos florales del mismo color. Mundi no estaba muy seguro de cómo debían de vestir los cristianos, pero consideró que, con unos vaqueros y un polo, cumplía los requisitos.

Traspasaron la puerta. Frente a ellos, una larga calle de piso de adoquín, jalonada a ambos lados por enormes cipreses que, vistos en perspectiva, daban la falsa

impresión de que al final unían sus copas. La calle era cortada perpendicularmente por otras varias, a lo que alcanzaba la vista de Mundi. Todas tenían el nombre de algún santo y en cada uno de los lados, de los cuadrados que formaban con la principal y los límites del cementerio, se alineaban panteones que dejaban, en el centro del cuadrado, una zona de tierra donde se veían tumbas a ras del suelo con una sencilla lápida de piedra e incluso, simples cruces de hierro, que señalaban el lugar donde alguien se encontraba enterrado. Más al fondo algunos bloques de nichos de dos o tres pisos y un poco más allá la zona donde se ubicaba la fosa común.

Caminaron por la calle principal y su madre se sujetó fuerte al brazo de Mundi para no tropezarse con algún adoquín. Al llegar a la segunda calle torcieron a la derecha. No se veía a nadie y sólo se oían el gorjeo de los pájaros en los árboles y el murmullo del agua del río saltando un pequeño obstáculo de piedras que configuraban una insignificante cascada.

Dos hileras de unos quince o veinte panteones ocupaban ambos lados de la calle. Eran panteones de losas de piedra granítica que tendrían una altura de aproximadamente un metro y todos tenían un frontal también de piedra, de otro metro más o menos, rematado en una cruz. En él se podían leer, bien labradas sobre la piedra o en placas metálicas ovaladas y esmaltadas, los nombres de las personas allí enterradas, así como la edad o fecha de fallecimiento.

Sin querer, Mundi se vio leyendo los nombres escritos según iba pasando. Uno de ellos le llamó poderosamente la atención. En el frontal sólo había un nombre grabado en la piedra: Laura.

Sobre la lápida que cubría el panteón, grabado un poema que decía:

*Cerrar podrá mis ojos la postrera
sombra que me llevare el blanco día,
y podrá desatar esta alma mía
hora a su afán ansioso lisonjera;
mas no, desotra parte en la ribera,
dejará la memoria, en donde ardía:
nadar sabe mi alma el agua fría,
y perder el respeto a la ley severa.
Alma a quien todo un dios prisión ha sido,
venas de humor a tanto fuego han dado,
médulas que han gloriosamente ardido,
su cuerpo dejará, no su cuidado;
ceniza, mas tendrá sentido;
polvo serán, mas polvo enamorado.*

Encima del texto, una rosa que daba sensación de estar cortada hace unos instantes.

—Eso lo he leído yo en alguna parte —se dijo Mundi—
Eso es de...

No le dio tiempo a hacer memoria porque, tres panteones más adelante, su madre se detuvo. Era el de su familia, se acercaron y ella depositó el ramo de flores sobre la lápida. El panteón no tenía mal aspecto aunque se veía que era antiguo, de los primeros que se debieron hacer en ese cementerio, lo mismo que los que estaban en esa zona. Mientras su madre colocaba el ramo, él se dedicó a leer los nombres que figuraban en el frontal. Allí estaban por orden cronológico de fallecimiento, los de sus abuelos por parte de madre, a los que Mundi no había conocido ya que fallecieron antes de él nacer, el de un niño, que era el hermano mayor de su madre, muerto a los meses de venir al

mundo y debajo, el nombre de su padre seguido de la fecha de fallecimiento. Algo le recorrió el cuerpo, algo que no sabría explicar. Delante tenía el lugar donde estaban los restos de su padre. Volvió a leer el nombre. Cuantas veces había escrito ese nombre al tener que rellenar impresos en su vida escolar: “Nombre del padre, nombre de la madre”. No se hacía a la idea de que esa figura idealizada estuviera ahí dentro, hecho nada. Sin darse cuenta, le afluyeron a la mente mil y una escenas de las vividas con él. En eso tenía “suerte” pensó, pues al fin y al cabo, había podido disfrutar unos años de su compañía, aunque hubieran sido pocos; otros compañeros suyos, apenas los conocieron e incluso, alguno, nació después de que su padre hubiera muerto. Beni, por ejemplo, que los perdió a los dos cuando tenía cinco años. No había manera que recordara nada de lo vivido en casa con sus padres. De vez en cuando, de forma furtiva, cuando estaba seguro de que nadie le veía, sacaba una foto y estaba un rato contemplándola. Un día le desveló a Mundi su secreto y le enseñó la foto. Era una foto de estudio, pequeña, en blanco y negro, estaban los dos, de medio cuerpo, él de militar, con el cuello de la camisa abierto, un fino bigote y tocado con el chapiri legionario, en el que se distinguían las tres estrellas de capitán. Ella, con un vestido de flores, y una melena ondulada preciosa. Los dos miraban a la cámara sonrientes. La foto se veía ajada de tanto manosearla. Esa era toda la referencia que Beni tenía de sus padres.

Por eso, había veces que su amigo se rebelaba contra su situación, como cuando tuvo que rellenar una ficha para mandar al Instituto donde se examinaban de Reválida. En el lugar del nombre del padre y de la madre, puso sendas cruces romanas. Cuando lo vio el

profesor, al repasar las fichas, fue hacia él y le dijo:

—A ver Benito, ¿qué significa esto?

—Están los dos muertos— dijo como recitando una lección de memoria.

—Y qué pasa con eso listillo, ¿es que no tenían nombre? Haz una ficha nueva, que te vas a llevar un guantazo.

Sin ser consciente de ello, Mundi se encontró haciendo un repaso de su devenir por los colegios, como si quisiera poner a su padre al corriente de cómo había sido su vida desde que él murió.

Cómo viajó por primera vez a Padrón, cómo lloró la primera noche, preludio de otros muchos llantos en la intimidad de un dormitorio a oscuras, cómo hizo los primeros amigos, cómo recibió las primeras bofetadas, cómo pasó sus primeras navidades en el colegio, sus frustraciones, sus penurias, sus logros, su ir de un colegio a otro, su sentirse, lo mismo que sus compañeros, diferente a los chicos de su entorno, su ir por la vida viviéndola de forma prematura, sus deseos, su pregunta sin respuesta: ¿y qué será de mí?

Miró a su madre, ella estaba quieta, con la vista fija en el panteón, probablemente rezaba alguna plegaria, y parecía como si también estuviera presentando su luchar con la vida para sacar adelante lo que ella y su padre iniciaron juntos ;puede que, incluso, le estuviera reprochando la faena de dejarla sola, en el caminar del día a día, con un hijo al que proteger y buscarle un porvenir, pero lo haría desde el lugar del vencedor, del que va a clase con los deberes hechos, no sin sacrificios y hechos bien, con valentía, con dignidad, como tantas otras, habiendo tenido que asumir el papel de padre y madre, sin estar preparadas para

ello, en esos años tan difíciles y en unas circunstancias penosas.

Mundi esperó a que ella terminara, la mujer en un gesto reflejo se llevó la mano a los labios y luego la posó sobre la lápida. Giró y se agarró fuerte del brazo de Mundi. Los dos iniciaron el camino de la salida en silencio. Ella sacó un pequeño pañuelo del bolso y se enjugó un par de lágrimas.

—Ya perdonarás hijo, pero siempre me pasa igual, vivimos muchas cosas buenas juntos, ¿sabes?

—No te preocupes madre y llora todo lo que quieras, dicen que es bueno— dijo Mundi.

Al pasar por el panteón del poema, a Mundi se le hizo la luz y apuntando con el dedo, dijo en voz alta:

—¡Quevedo, es de Quevedo!

—¿Qué dices hijo?

—Nada madre, cosas mías.

Y los dos, madre e hijo, salieron del cementerio muy pegados, hechos uno. Las visitas fueron sucediendo año tras año hasta que Mundi terminó de estudiar. Luego, cuando Mundi se instaló en la ciudad, las hacían el día de Todos los Santos.

CAPÍTULO III

Primavera de 199...

María Callas y Alfredo Kraus estaban interpretando Parigi o Cara de Verdi, en la radio del coche. Le gustaba Kraus, consideraba que era mejor que Carreras y otro estilo al de Plácido, más puro, más técnico, aunque este tampoco le desagradaba.

La circulación ese día era fluida y consiguió aparcar cerca de la tienda donde se dirigía. El aparcamiento era de estacionamiento limitado y en cuanto dejó el coche, la vigilante se le quedó mirando, hasta que vio que se dirigía al expendedor de tickets, que le autorizaban a dejar el coche en ese lugar, una hora como máximo. Mundi colocó el papelito en el salpicadero y cerró el vehículo. La vigilante le lanzó una mirada desde lejos como diciendo: "Estaré pendiente de cuándo se te acaba el tiempo".

Atravesó la calzada y dobló la esquina. Allí estaba la tienda a la que iba todos los años, desde hace unos cuantos, en el mismo día, como un ritual. Era una floristería. En un toldo color amarillo chillón que cubría la entrada se leía: "Flores & Bouquets".

Siempre que lo veía le hacía gracia: "¡Qué habilidad, tres idiomas en dos palabras!", se decía.

La dueña, en ese momento, se metía en la tienda después de colocar las últimas plantas y ramos de flores a ambos lados de la puerta, para que el público las tuviera más a la vista. La verdad es que la tienda era bonita, estaba montada con mucho gusto y llamaba la atención de todo el que pasaba por allí. La puerta estaba flanqueada por dos carretillas de madera, de color verde, sobre las que descansaban un bosque de pequeños calderos color amarillo, como el toldo, con multitud de ramilletes de flores de mil y un colores: claveles, rosas, mini margaritas, mini claveles, violetas, jazmines, lirios. Cada recipiente, tenía un cartelito con el nombre de la flor, alguno en latín y el precio. Mundi entró en la tienda y la verdad es que apetecía estar un rato dentro, envuelto en el frescor y los olores de un montón de flores y plantas, todas diferentes. La dueña estaba en la trastienda, que servía de almacén y donde

se preparaban los ramos y los centros de flores. Mundi aprovechó para fijarse en lo que había allí dentro. Según se entraba, a la izquierda, unas estanterías bajas, pintadas de azul, sobre las que reposaban las flores más grandes o que se vendían con tiesto: hortensias, jacintos, orquídeas, crisantemos, tulipanes, gladiolos, iris, peonías...

A la derecha y sobre estanterías verdes, las plantas, tanto de interior como de exterior, en macetas o macetones, a los que se les apreciaba la humedad de riego reciente. Al fondo de la tienda, estaba el mostrador, tras del cual, en la pared, colgaban diplomas de premios obtenidos en concursos de floricultura y junto a él, la puerta de acceso a la trastienda.

—Hola, mon cheri, esperaba que vinieras como todos los años en esta fecha— dijo la dueña saliendo de la trastienda.

—Hola preciosa, ¿cómo estás?— le dijo Mundi, mientras le daba sendos besos, uno en cada mejilla.

La dueña era Luisa, la hija de la florista amiga de su madre. Consiguió irse a Francia con su tía, allí estuvo trabajando de chica para todo, pues lo mismo fregaba escaleras, que estaba de asistenta por horas, o dejaba como los chorros del oro la vajilla en un restaurante. Hasta que conoció a René, hijo de un comerciante que regentaba un puesto de flores en “Le Marché aux fleurs” de París. Luisa dejó de fregar y poco a poco se fue instruyendo, teniendo como maestro a René, en la multitud de variedades de flores y plantas, en el cuidado de las mismas, en la decoración, en el idioma y en las artes amatorias. Se casaron y se hicieron cargo de la tienda cuando el padre se retiró. Tuvieron tres hijos, y decidieron que en España podían montar una

floristería con clase, de las de postín. Traspasaron la tienda y se instalaron en la ciudad donde Luisa se había hartado de repartir leche.

El negocio comenzó a funcionar bien y siguió muy bien. El toque francés había calado en la clase chic de la ciudad. Así que ahí estaba Luisa, que desde que volvió de Francia se hacía llamar Louise y le gustaba intercalar alguna palabra francesa en sus conversaciones. La verdad era que, aunque los años habían pasado, muchos años, todavía conservaba cierto atractivo y desparpajo, y sobre todo, hablaba por los codos. A Mundi y a su familia los trataba como si fueran la propia y ellos correspondían acudiendo a ella siempre que necesitaban flores o plantas.

—Te tengo preparado un bouquet —le dijo— seguro que a tu madre le hubiera gustado un montón. Espera que ahora te lo saco.

Al poco salió con un precioso ramo envuelto en papel de celofán.

—¿Te gusta?

—Mucho— dijo Mundi.

—Verás, esto de aquí son lilies asiática, este otro, un racimos de delfinios, aquí, un racimo de mini claveles, margaritas blancas, un racimo de flores de cera, otro de lisianthus y otro de monte casino lavanda.

Mundi no pretendía ni mucho menos aprenderse los nombres, pero el efecto era de una belleza plástica imponente.

—Tienes mucho arte, Louis, parece que hubieras nacido para esto. Es precioso.

La mujer se sintió halagada y con una sonrisa le dijo:

—Pues tú sabes que no empecé con flores que digamos. Sólo es cuestión de ponerse— dijo con falsa modestia.

Un par de clientas entraban en la tienda a la vez que una furgoneta de reparto le traía unas cuantas cajas alargadas procedentes de Holanda, según ponía en las etiquetas, así, que dieron por terminada la conversación.

Mundi pagó y se despidieron.

—Au revoir! —le dijo la florista— dale recuerdos a tu mujer, el otro día estuve hablando un rato con ella. Está muy guapa, vigílala.

Mundi fue hacia el coche y cuando pasó delante de la vigilante le dijo sin detenerse: “No ha habido suerte, ¿eh? Uno cero”.

La otra le miró y por el gesto dio la sensación como si le contestara: “Ya caerás”.

Atravesó la ciudad y enfiló el puente. Todos los años, en el aniversario de la muerte de su madre, le gustaba ir al cementerio. Por Todos los Santos iba con el resto de la familia pero, ese día, iba solo.

Una vez atravesado el puente, giró a la derecha y pasó delante del tanatorio. Estaba construido donde antes había estado el cementerio civil.

El cementerio civil... recordaba cuando al ver una zona adosada a un costado del cementerio, a la que se entraba por una metálica, le preguntó a su madre.

—Y eso, ¿qué es?

Ella le contestó:

—Es el cementerio civil.

Mundi frunció el ceño:

—¿Qué pasa, que el resto del cementerio es para militares?

—No hijo, no, ahí entierran a los que no son católicos o a los que se suicidan.

—¿Y por qué no pueden estar juntos? Tú imagínate —continuó Mundi.— que uno es católico y se suicida, en el último, último momento, antes de morir, se arrepiente. Nadie sabe si se ha arrepentido. ¿por qué no lo pueden enterrar con los otros.? Qué más dará que sean o no católicos para enterrarlos en el mismo cementerio; al fin y al cabo, una vez muertos todos son iguales.

Mundi sonreía, recordando la cara de su madre queriendo salir del atolladero.

—Mira hijo, no sé el porqué, pero así es y ha sido siempre. Cuando vuelvas al colegio se lo preguntas al cura a ver que te dice. Y de paso me lo cuentas cuando vuelvas.

Le costó aparcar el coche ya que había un enterramiento y el aparcamiento del cementerio estaba casi lleno. Había crecido mucho el cementerio, el panteón de su familia se había quedado en la parte antigua y a la nueva se entraba por la puerta que daba al norte. En ella proliferaban panteones a ras el suelo, de mármol negro o gris y largas fila de bloques de nichos de hasta cinco alturas. En otra zona, un conjunto de lápidas sobre tierra mirando a la Meca constituían el acotado para musulmanes. En una zona ajardinada, un grupo de pequeños nichos donde depositar las urnas con cenizas procedentes de incineraciones. Lo que antes era tierra, ahora eran amplias zonas de césped.

Mundi subió la rampa de acceso a la puerta, el letrero de la entrada sobre cerámica todavía estaba y habían

recompuesto un par de baldosas, se notaba por el tono más fuerte de las letras de las baldosas sustituidas. Encima de la puerta, un rótulo de letras de metal anunciaba: Cementerio Municipal.

Mundi entró, estaba todo muy limpio aunque el suelo de la calle principal seguía siendo de adoquín. Continuaban las hileras de cipreses a ambos lados de las calles y se respiraba el silencio y el sosiego del lugar. Una mujer estaba colocando una maceta encima de una lápida. Observó Mundi que proliferaban las fotografías en tamaño pequeño adosadas a las lápidas o a los frontales de los panteones. Pasó por el panteón del poema de Quevedo, estaba descuidado y la placa con la poesía tenía una grieta. En el frontal debajo del nombre de Laura ponía Alfonso, nada más.

Mundi llegó al panteón familiar; en una placa de mármol blanco sujeta a la lápida, en letras negras, figuraban los nombres de su padre, su madre y su tía Rosa, con las fechas de fallecimiento.

Mundi dejó sobre la lápida el ramo de flores y se escuchó decir: Aquí estoy...

Noviembre de 2005.

En recuerdo.

JUNTAS A PICOS

Autor: José Luis del Barco Parra

Navidad, Navidad, ¡ya estás aquí! Cada año el pistoletazo de salida comercial te programa antes, año tras año, se dan cita: las campañas solidarias con el consumismo agobiante y machacón, ¡eso sí!, todo ello aderezado por un gran despliegue de iluminación y festejos lúdicos, ya sé... “los tiempos cambian”, lo acepto, pero no acabo de asimilarlos. Como contrapunto a esas compras compulsivas; curiosamente nos vemos arropados por un manto de bondad, que nos hace creernos mejores, más comprensivos y solidarios con el prójimo, ese “espíritu navideño” que nos infunde un propósito de enmienda, desgraciadamente viene provisto con fecha de caducidad, concretamente el 7 DE ENERO, fecha en la que de nuevo ¡ZAS!, empezaremos a zurrarnos, pisarnos y al sálvese quien pueda; si, es tristemente un tiempo efímero, debería poder envasarse ese espíritu por meses, así, quizá podríamos cumplir con esa paz y Felicidad que tanto proclamamos, ¡Si!, Navidad... estás aquí, y bajo todo su esplendor, el tañer de las campanas, tintineos de cascabeles, risas y algún que otro villancico, escondes tristeza y sentimientos llenos de nostalgia y muchos nudos en la garganta en recuerdo de las personas ausentes y queridas, así eres tú, tan dulce y tan feliz como triste y amarga, ¿sabéis? Me dan envidia los que tienen niños a su alrededor, porque ellos son el cascabel de la familia, son la Navidad, criaturas llenas

de fantasía e ilusión, con sus conciencias limpias sin contaminar, vivirán la Navidad en espera de la culminación de una “noche de REYES” con toda su imaginación en ebullición, noches que no desaparecerán de sus recuerdos jamás.

Por otras circunstancias tampoco yo olvidare mis primeras navidades en el colegio de Padrón (La Coruña). Navidad del 49-50. Noche de reyes, ocho años: como a cualquier niño de esa edad la excitación hacia difícil conciliar el sueño y la imaginación se encargaba de transformar cualquier ruido, todos ellos delataban la presencia de sus Majestades en el Centro... todo normal, salvo que no tenía el amor y cariño de mi madre y hermanos para compartir mis sensaciones, y que ellos con su experiencia me descifrarán los extraños ruidos... pajes moviendo los sacos, camellos bebiendo etc.

En la mañana de Reyes, os aseguro íbamos con la consabida excitación e ilusionados pero el trámite era frío, tanto como el tiempo reinante que nos dejaba las manos llenas de sabañones, aun hoy tengo las pasos muy presentes, campana, capilla, desayuno y en fila cada uno a su clase, los nervios afloraban, ¡había llegado el momento! Empujones de complicidad, y el consabido “a lo mejor me traen un balón, una pistola, un coche, etc.”, mas allí algo era diferente a lo que recordaba de casa. ¡Nadie nos había hablado de dejar agua y comida para los camellos! ¡Que descuido!, la realidad es que (quizás por la precariedad de la posguerra) nadie ayudo a crear un mundo de ilusión para los peques.

En el interior de las clases no había el caballo de cartón por el que grite años atrás, ni coches ni pelotas... nada. Baltasar había fallado, eso sí, en cada pupitre

sus majestades habían dejado una pizarra nueva con su consabido pizarrín ¡ah! y algunos caramelos, supongo que los malos momentos se dejaban sentir en la generosidad de sus Majestades.

El siguiente año, ya sin tanta ilusión e imaginación la justa, Baltasar me sorprendió junto a la consabida pizarra (que por cierto era un clásico) me dejaron una flauta (una caña con tres agujeros, barnizada con una cinta de la bandera española) me la habían mandado de casa supongo que con muchísimo sacrificio. Ese año, chuleé ante mis compañeros, la verdad es que chuleé poco, pues a los dos días se me requisó por pintar en el dormitorio, me quitaron mis Reyes, pero no la satisfacción de haber dejado embobado al 67 (pido perdón si equivoco el número), un matón de 10 años, de Murcia.

Así fueron mis primeros reyes. En el colegio dejaron de existir camellos, reyes, regalos, pero no en mi imaginación, ¡que aún conservo!

No todo fue tan lamentable, como la mayoría de colegios de posguerra, el nuestro también tenía sus tradiciones, quizás la más curiosa ingenua y divertida era la de “JUNTAR A PICOS” (quiero recordaros que los picos eran los extremos de los chuscos, como todos sabéis, pan del Ejército).

Todo comenzaba como dos o tres semanas antes de Navidad, se necesitaba una caja de cualquier tipo, generalmente de cartón, se le habría una boca a modo de buzón, se ataba y lista, ahora a buscar socios, saber elegir era importante lo mejor los más afines, los más amigos, los más cómplices. Si podías contar con algún “pazguatin” enchufado de Sor Vicenta era un buen

punto, podría aportar más a la causa, al tener prebendas por limpiar la capilla, cortar velas, flores etc.

48, 85, 93, 12, “¿JUNTAS A PICOS?”, he de recordaros que en Padrón no teníamos nombres, éramos números (algo que chocaba enormemente en las familias cuando recibían una carta por Navidad y después del dictado correspondiente (como mucho, aprendo mucho, os quiero mucho... finalizabas con mis mejores amigos son... y aquí la retahíla de números. ¿Qué significaría para ellos?

Bien una vez, seleccionados los cinco o seis socios se formaba el compromiso de cada uno, de su ración del día del chusco, el pico debía cortarse e introducirlo en la caja de cartón. Un ritual que cada tarde se recolectaba, con más de un enfado si alguno no cumplía o rompía el pacto comiéndoselo, cosa que sucedía con frecuencia, porque la tarde era larga y el hambre mucho. Soportar la tentación del currusco en el babi sin picarlo, sin tocarlo, iera duro!

El objetivo era que la noche de Navidad fuese un noche especial iya lo creo que lo era!

Buscabas un lugar recogido en el dormitorio, lavabos los más privados posibles, y sentados en corro y la caja en el centro, la excitación se apoderaba de todos, ojos como platos expectantes al rasgar la embocadura y allí ¡Estaba el Tesoro! Era la gran noche repartir y triturar esos picos era el premio esperado, bien es verdad que se habían convertido en piedras, pero con agua eran deliciosos, aquello se hinchaba y sentías una sensación de pesadez en el estómago envidiable, ise habían confabulado la imaginación, la excitación y valentía por haber transgredido “las reglas”!, ahora bien, ojo con la excitación, si alguno por su culpa se orinaba en

la cama y era reincidente, a la mañana siguiente debían llevar una sábana a modo de bandolera durante parte del día, para burla de sus compañeros. Este sistema era practicado durante todo el año en niños de 5 a 10 años, aun hoy tengo dudas sobre cual "hermana de la caridad" ejercía de psicóloga, supongo que la misma que de noche en el dormitorio contaba "cosas de niños que habían pecado" y el demonio vendría a por ellos con el sabido "un, dos, tres, mío es", acompasando su voz con el de sus pasos por la galería, no puedo imaginar tanta caridad, pero lo cierto es que conseguía rechinar los dientes de los más sensibles o "más pecadores".

Perdonad, debo presentarme, soy el 51, amigo del 41 (la gallinita, por lo que lloraba), (si Tejedor perdona, pero reconoce que eras un tanto sensible ¿vale?). ¿Recuerdas?, juntos ingresamos el mismo día, nuestras madres se encontraron en aquel destartelado tren de madera con destino a Coruña, para llegar a Padrón tuvimos que cambiar en dos estaciones intermedias, llegando de madrugada y pernoctando en un banco de la sala de espera de la inhóspita y fría estación hasta poder ingresar en el centro en la mañana siguiente.

Nunca lo olvidaré, como tampoco lo habrás hecho tú, aquella mañana lluviosa y fría cruzando un largo puente, en el que bajo la niebla de la mañana vislumbrábamos el gran caserón, inuestra futura casa!, parecía un fotograma de cualquier film de Fellini, cuatro siluetas negras entre la niebla con sendos bultos en la manos, nunca olvidaré lo corto que se me hizo el trayecto con la respiración a cada paso más agitada, el corazón bombeándome al máximo, y la mano cada vez más apretada a la de mi madre, casi cortándole la circulación.

Este episodio es parte de otro escrito, son mis vivencias muy iguales que por supuesto todos tenéis las vuestras.

Mi nombre es José Luís del Barco, el 51 de Padrón, tuve el sobrenombre de “la mona” supongo que por mi imitación del simio o por mi modo de saltar en mi precoz afición al fútbol en el puesto de portero (según mis compañeros era el que mejor paraba las pelotas de trapo y cuerdas y en ocasiones algunas de goma). También se me dio en llamar Roció en honorífica comparación con el portero local del Iría de Flavio, conjunto al que las “hermanas” nos llevaban algún domingo para servir de clac y animar, desgraciadamente la racha se rompió y dejamos de ir por un desafortunado balonazo que recibió Sor Inés (la sargento Inés) que le arrancó la corneta (así llamado en el hábito de las hermanas de la Caridad, el cubrecabezas almidonado con alas). Este hecho causó gran alboroto en el pueblo, a pesar de las disculpas de los jugadores, árbitros y demás representantes de club, que trataba de reanimar y poner en pie a nuestra querida hermana, que resoplaba y resoplaba haciendo más llamativa y evidente la pelusa del bigote, solo Sor Luisa, un bombonazo de Sor, dulce y de rostro angelical (todos estábamos fascinados con ella), insistía para que siguiéramos en el campo, pero la sargento Inés, sin corneta, con medio ojo cerrado ordenó ¡a CASA!

Como es obvio este partido lo perdió el equipo causante del entuerto (quizás hoy en día diríamos compensación del árbitro con el clero).

Hay tantas anécdotas por contar, algún día lo haré en mi personal “Florido Pensil”, hacedlo vosotros también, que conozcan vuestros hijos y nietos vuestras vivencias a pesar de que os llamen abuelo batallitas,

hacedles ver que también vosotros fuisteis niños (pensad que ellos también lo harán) seguro que hay cosas que a esta generación les parecerá producto de vuestra fantasías más que de la pura realidad.

Disfrutad con ellos de su Navidad ¡a mí me cuesta!, tengo idealizada la mía, aquella en que la gente era o me lo parecía más sensibles, con otra luz, siento nostalgia de aquellas barracas de tiro, aquel enorme caballo de cartón de los fotógrafos, aquellos vendedores de pavos, el paliar el frío con el calor de las castañas asadas en los bolsillos, el olor de la retama quemada en las hogueras, el sabor de los boniatos... en fin, era otra historia, otra Navidad, otro modo de sentir que ya no siento, porque ahora les toca a ellos y así se lo dirán a sus hijos.

Venga, quitaos el caparazón y sacad el niño que todos llevamos dentro, quizás así, por estas fechas os sintáis mejores, ¡ah!, ¡pero no juntéis a picos!, yo por lo pronto no dejaré de poner agua y pan para los camellos y, ¿por qué no?, alguna copita para los Reyes que vienen ya cansados y tienen mucho que pensar y sobre todo que recordar.

CONVERSACIONES CON MUNDI

Autor: Lucas Remírez Eguía

I

Lo veo pensativo, está sentado en el bordillo de la acera de una calle por la que apenas pasa un coche de ciento en viento. Juguetea con dos canicas, una de las cuales tiene cogida en la oquedad que hace el índice doblado, como si apretara un gatillo, mientras que el pulgar la sujeta por debajo dispuesto a impulsarla sobre la otra canica que está en el suelo ;pero se ve que su pensamiento está en otra parte, sus movimientos son pura rutina.

Me siento a su lado.

—¿Qué pasa, chaval? Muy solo te veo.

Me mira y termina de lanzar la canica que tenía preparada. Al recibir el golpe, la otra sale despedida. Mundi la recoge y entonces me contesta:

—Si, estoy esperando a los amigos para echar unas partidas a las canicas.

Al sentarse se oye el ruido que producen las otras canicas que lleva en el bolsillo de su pantalón corto.

Adivinando mi pensamiento se mete la mano en el bolsillo y extrae un puñado de canicas de arcilla, de diferentes colores, principalmente, marrones y azul verdoso Me las muestra como si fueran un tesoro. Entre ellas, una, un poco más grande, de cristal.

—Un pitón— me dice.

—Te veo un poco raro— le digo.

—Estoy alegre y triste— me contesta, sin apenas dejarme terminar de hablar, como si estuviera deseando decírmelo.

—¿Y eso?

—Pasado mañana empiezo el colegio.

—¿Y por eso estás alegre o triste?

—Las dos cosas— me dice escueto.

—A eso se le llama no mojarse, así que, si no te importa, vayamos por partes y me lo explicas despacio.

—¿Tú has estado alguna vez interno lejos de tu casa?

—Sí —le contesto— pero era mayor que tú.

—Entonces te harás una idea, pero no es lo mismo.

—Es verdad, tienes razón.

—Yo me voy a Madrid, está un poco más cerca que donde he estado hasta ahora, pero está lejos.

—Ya, y por eso estás triste.

—Sí y no.

—Vale, tú mismo.

—Verás, estoy triste porque me voy de casa, porque el colegio donde voy es nuevo para mí y no sé con qué me encontraré. Mira, de entrada, seguro que algunos amigos míos de Padrón no van.

—Bueno pero ya conocerás a otros y te harás amigos nuevos.

Me mira cómo no estando muy conforme con lo que le digo

—Un ejemplo, seguro que el Julito ya no va.

—Pues conocerás a otros Julitos, que a lo mejor acababan siendo más amigos que el Julito de ahora y alguno de ellos, un año sin más, dejarás también de verlos pero quedarán ahí como tus amigos que fueron y te acordarás siempre de ellos como ahora de Julito. Y...

—Vale, vale, pero no me gusta.

—Espera un poco, déjame terminar. A esos Julitos, que irás encontrando a lo largo de tus años de colegio, a la mayaría, los perderás de vista; pero si alguna vez vuelves a encontrarte con ellos, cuando seas mayor, será como si hubierais seguido juntos toda la vida, como si en vez de pasar muchos años sólo hubieran pasado un par de días y volveréis a ser amigos, quizá más amigos que entonces.

Parece que la explicación le convence, aunque no del todo.

Él a lo suyo.

—Si estoy contento es porque voy a ver a otros de mis amigos que sí que van a volver al colegio. Pero estoy triste también porque aquí me lo paso muy bien en vacaciones y porque veo a mi madre.

—Bueno, tú piensa que dentro de tres meses estarás otra vez de vacaciones aquí.

—Eso no lo sé. Estuve tres años sin venir a casa nada más que en verano. Mi madre me ha dicho que fue porque ella no tenía dinero para que yo pudiera venir en Navidad.

—Si, eso les ha pasado a muchos.

—Por eso no puedo hacer cuentas de los días que me quedan para volver, porque no sé si mi madre va a tener dinero.

—Seguro que sí, verás como vienes.

—¿Tú tienes madre?— me espeta de sopetón.

—No, mi madre murió hace muchos años.

—Que pena, ¿no?— me dice como compadeciéndose de mí.

—Si, es una pena pero es ley de vida.

—A ti, ¿tu madre te pegaba?

Me está sometiendo a un tercer grado un mocoso de 10 años recién cumplidos.

Si —le contesto— cuando la ponía a cien de tanto dar guerra.

—Ja, ja, ja —se ríe— a mí también, cuando hago alguna de las mías, me atiza con la zapatilla— e instintivamente se rasca la nalga derecha.

—Pues a mí, además de con la zapatilla, había veces que me corría a escobazos por el pasillo —le digo un tanto avergonzado de tener que estarle contando mi vida a un mocoso.

—Ja, ,ja, ,ja— vuelve a reír con ganas.

—Como la bruja piruja.

—Si, como la bruja piruja, pero en versión madre cabreada.

—A mi madre, luego se le pasa y me perdona. ¿A ti te perdonaba tu madre?

—Si, ellas siempre perdonan.

Se me queda mirando fijo, como asimilando la contestación. Durante un momento, está pensativo y no habla, de pronto me lanza otra pregunta.

—Oye, ¿tu madre lloraba?

Lo dicho, me está sometiendo a un tercer grado y yo cantando de plano.

—Si, supongo que alguna vez lloraría, pero ya no me

acuerdo.

—La mía si llora— me dice.

Sin dejarme contestarle, continúa:

—¿Sabes cuando llora?

—Pues si no me lo dices, no— le digo.

—Pues suele llorar cuando me faltan pocos días para irme al cole. Lo que pasa es que lo disimula para que yo no la vea, pero la veo. Y también llora alguna vez cuando hablamos de mi padre. Y un día la oí que lloraba a escondidas en su habitación.

Como se descuide, este me hace llorar a mí.

—Escucha —le digo— cuando te faltan pocos días para irte, llora porque le gustaría poderte tener siempre en casa sin necesidad de que te fueras interno y tan lejos. Y el resto de las veces, ¿sabes lo que pasa?

—No— me dice.

—Cuando seas mayor, te darás cuenta de lo que cuesta sacar una familia adelante y ellas, nuestras madres, están solas para apechugar con la labor y hay veces que se vienen abajo y echan de menos a sus maridos para que les ayuden. Pero enseguida se sobreponen, ¿a que sí?

—¿Qué es sobrepone?

—Dejar de llorar y hacer la vida normal.

—Si, eso hace mi madre— Y se me queda mirando pensando quizá que en esos aspectos su madre y la mía son iguales o fueron iguales.

¿Sabes? —le digo— a muchos de nosotros se nos pasó el tiempo sin acertar a agradecerle a nuestras madres lo que hicieron por nosotros y cuando nos dimos cuenta ya era tarde y se habían ido.

Está serio asimilando lo que le digo.

—¿Y tú, lloraste cuando murió tu madre?— me suelta de golpe.

Me salva la campana. Sus amigos vienen por la otra acera. Mundi los ve y no espera a que le conteste, es probable que piense que ya me lo preguntará en otro momento.

—Bueno me voy— dice levantándose del bordillo de la acera.

Yo me quedo sentado.

Adiós, le digo—que ganes muchas canicas.

No creas —me dice— el Rogelio juega muy bien y gana casi siempre.

—Bueno —le contesto dándole ánimos— a lo mejor hoy es uno de esos casi.

Esboza una sonrisa cómplice y se va a encontrarse con sus amigos.

Yo me levanto y cuando me estoy sacudiendo el pantalón oigo que me habla casi desde la otra acera.

—Oye, ¿estás seguro de que perdonan siempre?

—Siempre Mundi, siempre. Ellas son así.

Él me sonríe y, ya con sus amigos, desaparece al doblar la esquina.

II

¡Quieto, quieto!, no te muevas para que no me vean.

Quien me está diciendo esto, con apremio, es Mundi, al que he encontrado viendo las carteleras de los cines, en la vitrinas, sujetas a una serie de columnas, de los soportales de una de las céntricas calles de la ciudad.

—¿Quién no quieres que te vea?

—No mires, unas chicas que van por la otra acera.

—La curiosidad me puede y de reajo, acierto a ver a dos chicas de unos 11 o 12 años que caminan hablando entre sí y riéndose.

—¿Por qué no quieres que te vean?

Mundi, mientras sigue a hurtadillas el movimiento de las otras dos, me dice, en voz baja, algo ininteligible para mí.

—¿Cómo dices?— le inquiero.

—¡Chiiist!, no puedo gritar que me van a oír.

—Es imposible que te oigan, ya están lejos, ¿qué me has dicho?

Él no se fía y se cerciora de que es así. Entonces me susurra.

—Es que una es mi novia.

—¿Sí? —le digo en plan cómplice— ¿y cuál de ellas es tu novia?

Me mira y con orgullo me dice.

—La de la derecha, la de las coletas.

Es una niña delgadita, alta, creo que más alta que él y con muy buena pinta.

—¿No te parece muy pronto para tener novia?

Mientras las sigue con la mirada, está masticando chicle. Hace una pompa que casi le tapa media cara y, sin dejarla explotar, vuelve a metérsela en la boca. Se gira hacia mí, se mete la mano en uno de los bolsillos, auténticos cajones de sastre donde hay de todo y me muestra la palma de la mano con tres porciones de chicle Bazooka en sus correspondientes envolturas.

—¿Quieres? —me dice, mientras fabrica con la lengua otra pompa que al poco hace desaparecer— es el que más me gusta y además trae calcomanías de equipos de fútbol.

No puedo resistir la tentación.

—Bueno —le digo— hace mucho tiempo que no masco chicle.

—A mí me lo suele comprar mi tía— dice como toda explicación.

Mientras desenvuelvo la pastilla de chicle, me veo en la obligación de seguir con la conversación que habíamos iniciado.

—¿Y desde cuando sois novios?— digo, siguiéndole la corriente.

—Ella no lo sabe todavía, pero es mi novia.

—Vamos a ver, si no lo sabe, ¿cómo dices que es tu novia?

—Porque ahora es novia de uno más mayor que yo y no se lo puedo decir.

—¿Cómo de mayor?

—Es un año largo mayor que yo, tiene casi trece.

—¿Sabes cómo se le llama a eso?

—Si no me lo dices, no— me contesta mientras hace otra pompa que no se le rompe tampoco.

—Eso se llama amor platónico, es el resultado de un amor imposible.

—No entiendo qué tienen que ver los platos con que sea mi novia.

Me está poniendo en un brete y no sé cómo salir.

—No tiene nada que ver con platos, viene de un tal Platón, un señor que vivió hace muchos años y que ya

te enseñarán quién era, en el colegio. Verás, tú para ella no existes y sin embargo, ella para ti es lo más.

—En cuanto lea la poesía que le he escrito seguro que deja a su otro novio.

Acto seguido se mete la mano en el bolsillo del pantalón y extrae un trozo de hoja de bloc cuadriculada, en la que se ven una serie de frases escritas.

—Te voy a leer un poco a ver si te gusta. Se saca el chicle de la boca, carraspea y empieza a leer de seguido:

—Y haremos de cada día toda una eternidad de amor que viviremos hasta morir...

—Espera, espera —le digo y él interrumpe la lectura.

—¿Eso que estás leyendo lo has escrito tú?

—Hombre, claro, ¿quién si no? Y conste que eres el primero que lo sabe.

—Verás Mundi, por las pintas, eso parece más un poema que una poesía, pero es lo de menos como le llames; lo importante es que hay un tipo por ahí que se dedica a cantar canciones en francés. Él es egipcio, de orígenes griegos, pero vive en Francia. En una de sus canciones, que escribirá dentro de unos años, dice justo esas mismas frases pero en francés. Se llama Moustaki.

—Qué nombre más raro. No lo he oído nunca. Habrá sido copia de pensamiento.

—Se dice transmisión de pensamiento.

—Bueno, ya sabes a qué me refiero.—hace una pausa—.Me acuerdo cuando el Salva me copió un examen, hasta con las mismas faltas de ortografía y cuando la monja nos dijo que cómo era que teníamos el mismo examen, el Salva le dijo que debía ser la transmisión de pensamiento esa.

—¿Y qué os dijo la monja?

—Nos puso un cero a cada uno y nos dio “calderilla” a los dos para que no tuviéramos envidia.

La verdad es que no sé qué pensar ni qué decir. Le miro a los ojos y me mantiene la mirada, mientras se guarda el papel con la poesía y vuelve a meterse el chicle en la boca. ¿Cómo puede darse esa coincidencia? Decido pasar por encima sin romper nada, pero me dice:

—¿Tú crees en la transmisión de pensamiento esa?

¡Zas!, ya me ha cogido.

—La verdad es que no del todo, aunque, hay veces, en las que me ha pasado algo por el estilo.

Está pensativo, como sopesando lo que me va a decir. Espero que la pregunta sea fácil, aunque de éste se puede esperar cualquier cosa.

—Oye, ¿a tí, a veces, no te pasa una cosa que ya te ha pasado antes y sabes cómo va a terminar?

—¿A ti te ha pasado muchas veces?— le contesto a la gallega, con otra pregunta.

—Sí, varias veces y eso que, como soy todavía pequeño, no he tenido ocasión de vivir muchas cosas.

Ahí está, sin inmutarse, sacándome a relucir temas, sobre los que suelo pasar de largo, para no entrar en profundidades que me lleven a terrenos en los que soy profano. Decido volver al principio

—Oye— le digo, tratando de cambiar de tema— ¿y cómo tienes pensado hacerle llegar el poema o lo que sea, a tu novia?

—Hablaré con una prima mía, que va a su clase, para que le meta la poesía entre las páginas de alguno de sus libros, sin que se entere.

—Ya, ¿y cómo va a saber que se la has escrito tú?
Me mira como compadeciéndose de mi ignorancia.

—Al final va mi nombre.

—¿Nombre y dos apellidos?

—¡¡Noooooooooo!! Pondré Mundi, aquí nadie me conoce por Mundi, en el barrio soy Segis, Mundi sólo me llamáis los pínfanos.

—Pues peor me lo pones.

—Verás, firmo como Mundi; cuando yo vuelva de vacaciones, que ya habrá leído la poesía, un día, espero a que salga de su casa y entonces voy en dirección contraria a la suya y cuando me cruce con ella, a un amiguete le encargo que me llame: ¡Mundi! Entonces, ella se dará cuenta de que soy yo el de la poesía.

—Un poco complicado me parece, te diría que más bien rocambolesco, pero mejor dejarlo en complicado para que lo entiendas. Yo en tu lugar, dejaba la cosa como está porque, puede ocurrir, que cuando la conozcas personalmente y hables con ella, te llesves una desilusión porque no es como tú te la imaginabas. Entonces, se romperá el hechizo. De todas formas, ya me contarás en qué queda todo esto.

—Si, pero tú me tendrás que explicar bien qué es eso del amor ése que tiene un nombre tan gracioso.

—Muy gracioso, pero la mayoría a esa edad adolescente y bastante más mayores, hemos padecido un amor, de esos imposibles. Soñábamos con personajes inalcanzables que se veían en el cine, o en revistas, o por la calle, sabiendo que nunca llegaríamos a cruzar siquiera una palabra con ellos.

—¿Y a las chicas les pasa lo mismo?

—Lo mismo, a lo mejor tú eres el amor platónico

para la chica que menos piensas: una vecina, la hermana de algún amigo o cualquier otra.

Ante mi respuesta él adopta una actitud interesante, me imagino que se ve siendo el sueño inalcanzable de un montón de chicas de su edad. Decide seguir a lo suyo.

—Ya, pero, a mí, ella me gusta mucho— dice con un gesto de resignación.

—Pues quién sabe si, cuando te conozca, le gustas también mucho tú a ella— le digo para animarle.

Ha debido surtir efecto porque, acto seguido, mirando el papel que conserva en la mano, me dice:

—¿Quieres que te lea todo el poema?

—Otro día, hoy tengo prisa para echar la quiniela antes de que cierren. Además, me arriesgo a que, el resto de las estrofas, coincidan con algo que ha escrito algún otro artista, del que tú no tienes ni idea y sería demasiado para mi cuerpo. Sólo me faltaba empezar a darle vueltas a teorías de vibraciones cerebrales, cuerpos astrales y telepatías.

—Menuda, las cosas que dices tan raras— dice sonriendo.

—Lo dicho, mejor no meneallo. Bueno, me voy, que tengas suerte con la de las coletas.

—Vale y a ti: Que la suerte te acompañe.

Me lo ha dicho con un brillo especial en sus ojos y acto seguido ha hecho una pompa y esta vez, sí que le ha explotado y desinflada, le cubre, con una especie de velo de chicle, desde parte de la nariz hasta el mentón. Yo, oyéndole, por poco me trago el mío porque, el puñetero, sin inmutarse, va y se adelanta más de 40 años al slogan del señor calvo de Navidad.

Hago como si no lo hubiera oído y me voy.

III

“Lo tengo, no lo tengo, lo tengo, lo tengo”. El que habla es Mundi mientras, en un corro de muchachos, uno de ellos, está pasando, uno a uno, un fajo de cromos con caras de futbolistas.

Espero a que Mundi termine de hacer sus intercambios. Al poco, el grupo se disuelve y Mundi viene hacia mí.

—¡Qué difícil es Basora!, es de los pocos que me faltan para terminar la colección. He tenido que dar otros cuatro jugadores a cambio.

Con cuidado lo mete en un sobre pequeño, junto con otros, después de haberlo tachado en una lista que lleva y que también guarda en el sobre. Luego lo asegura todo con una goma, a la que le da varias vueltas, y se lo mete en el bolsillo trasero del pantalón.

—¿Te gustan las colecciones?— le digo.

—Esta es la que más, aunque también hago de tebeos del “Guerrero del antifaz”. Los de “Roberto Alcázar y Pedrín” también me gustan, pero esa colección la hace mi primo y me los deja.

—¿Y las novelas no te gustan?

—He empezado a leer una de Marcial Lafuente Estefanía, del Oeste— me dice aclarando por si no lo conozco.

—Ya, todas las que escribe son del Oeste. Mucho muerto, ¿no?

—Sí, por ahora el chico se ha cargado a seis malos.

—Verás que bien termina, seguro que al final se va con la chica.— apunto.

—No me la destripes, ya te lo contaré cuando la termine.

—¿Te compras muchas novelas?

—¡Nooooo! Sólo una y luego voy a una tienda de libros viejos y la cambio por otra por dos reales. Allí tienen de todo para cambiar, pero lo que más novelas y tebeos. Los de Jaimito me gustan mucho. Cuando termine esta novela la voy a cambiar por una del FBI.

—Veo que no paras de leer.— le digo, viendo lo entusiasmado que está.

—Si, cuando estoy de vacaciones en casa leo mucho, sobre todo, a la hora de la siesta, luego, no tengo tiempo porque me lo paso en la calle con los amigos.

—¿Y a qué jugáis?

—¡Pufff!, a muchas cosas. ¿Tú jugabas a las chapas?
— me pregunta a bote pronto.

—Si, ya lo creo.

—¿Y qué te ponías en la chapa?

—Fotos de ciclistas, porque jugábamos a carreras—
le contesto haciendo memoria.

—Yo, cuando jugamos a carreras, tengo tres chapas con fotos de ciclistas y cuando jugamos al fútbol, pues tengo unas con fotos de futbolistas.

—¿Y con qué sujetas las fotos dentro de la chapa?

—Con un cristalito que sujeto con miga de pan o con jabón. A mí me gustan más las de jabón porque resbalan mejor.

—Cuando jugamos a las carreras —continúa sin de-

jarme intervenir— el Jose se encarga de pintar el recorrido en el suelo, desde la salida hasta la meta y le pone muchas curvas y cuando hay que subir un puerto, el camino lo dibuja muy estrechito para que haya que ir despacio —acompaña con gestos la explicación—. También hacemos carreras de verdad y damos dos vueltas a la manzana corriendo. Siempre gana el Ricardito que es uno que su padre juega al tenis. Cuando sea más mayor quiere ver si puede formar parte del equipo de su colegio en los campeonatos escolares.

—¿Y no jugáis al marro?

—¡¡Siiiiiiii!! ¡Toco marro y salgo! Jugamos de una acera a otra y también al juego del pañuelo y el que tiene el pañuelo se pone en el centro de la calle; como apenas pasan coches...

Guarda un momento silencio y da la sensación como si estuviera valorando algo. Al poco me dice.

—Oye, ¿te importa que mientras hablamos me entrene con el trompo?

—Por supuesto que no, así veo qué tal juegas.

Nos retiramos a una zona sin asfaltar y en el camino bordeamos unos recuadros pintados en el suelo con tiza, donde unas chichas juegan al calderón. Ni corto, ni perezoso, se mete la mano en uno de los bolsillos del pantalón, donde, por el bulto, yo pensaba que llevaba la merienda y saca una peonza con su cordel. El cordel va deshilachado por un extremo y el otro extremo termina en una chapa, a la que el cordel atraviesa por un orificio central y un nudo que hace de tope.

Primero, usando el cordel de radio, hacemos un círculo sobre el suelo de tierra, tan dura que parece

asfalto. De uno de los bolsillos saca cuatro perras gordas que coloca, una encima de otra, en el centro del círculo. Después con parsimonia, se mete en la boca la parte despeluchada del cordel y una vez humedecida, la coloca pegada a la parte más ancha del cono que forma el trompo y mientras mira al lugar donde se encuentran las monedas, con el mismo gesto que un jugador de billar contempla las bolas situadas encima de la mesa, pensando cómo hacer la carambola, él, comienza a enrollar el cordel en torno a la peonza.

Mientras me dice:

—Oye, ¿vosotros cómo elegíais quién salía el primero?

—Pues verás, de muchas formas. A veces pintábamos una raya en el suelo y cada uno tiraba una moneda desde una distancia determinada. Se salía por el orden de la proximidad con que la moneda de cada uno, estuviera de la raya. Otras...

—Sí —me corta— nosotros también lo hacemos así, aunque cuando estamos sólo dos lo hacemos a pies; ya sabes eso de “monta y cabe”.

—Si, es más rápido y estando sólo dos lo mejor— le digo para no llevarle la contraria.

—Voy a ver si las saco todas al lanzar la peonza. Me dice, sin perder de vista el montón de las monedas.

—Es muy difícil— le comento.

Y sin hacerme mucho caso, se mete la chapa del final de cordel entre el anular y el corazón y sujetando la peonza con el dedo pulgar en el clavo y la superficie gruesa opuesta, apoyada entre el índice y el corazón, la lanza con fuerza, de tal forma que, la peonza, da en el montón de monedas y con su giro desplaza a dos de ellas fuera del círculo. La trompa sigue girando a una velocidad endiablada soltando un zumbido.

—¡Muy bien!— le digo.

—Él sin hacerme mucho caso o quizá animado por mi comentario, se ha lanzado a recoger la peonza con la palma de la mano derecha, a la que le hace subir por el hueco de los dedos corazón e índice, mientras sigue girando. La arroja sobre una de las monedas, qué próxima a la raya, sale despedida fuera del círculo. La peonza empieza a tambalearse y da la sensación de que está a punto de dejar de girar pero, Mundi no se desanima, la vuelve a recoger y volviendo un poco la cara hacia mí, dice:

—Ahora el pingón— y en vez de lanzarla sobre la moneda con la punta hacia abajo, la echa de costado con lo que, el giro de la parte gruesa de la peonza, al chocar con el borde de la moneda, la expulsa del círculo y deja de girar.

—¡Fenomenal!— le digo.

Mundi la recoge, con aire de triunfador y mirándome me dice:

—Ahora te toca a ti, a ver que tal lo haces.

Puede que haga 50 años que no lanzo una peonza. Miro alrededor, presa de mi sentido del ridículo, por si viniera alguien conocido. Las chicas que estaban jugando al calderón se han debido de cansar y ahora, mientras unas juegan a los cromos, tratando de darles la vuelta a base de palmadas sobre ellos con la mano hueca, otras están jugando a las tabas.

Mundi, adivinando mis pensamientos, se encarga de colocar las monedas y de liar el cordel en torno a la peonza. Me ofrece el artilugio dispuesto para lanzarlo.

—Seguro que lo haces bien— me dice, creo que para animarme.

No es cuestión de salir corriendo por miedo al ridículo, así que, la cojo, me coloco la chapa entre los dedos, la lanzo y ante mi asombro al tirar hacia mi del cordel, para darle más impulso a la peonza, veo que vuelve sujeta al cordel describiendo una trayectoria cuyo recorrido, en milésimas de segundo, intuyo coincide con mi cabeza; así que me agacho y la peonza pasa a escasos milímetros de mi frente, yendo a dar en la pared, que hay detrás de mí, a otros escasos centímetros de una farola y rebotando hacia donde se encuentran las chicas.

—¡Ja, ja, ja! —oigo a Mundi reír— ¿estás seguro de que tú jugabas a esto de pequeño?

—Creo que la culpa ha sido tuya que has liado mal el cordel— musito.

—De eso nada, la culpa ha sido tuya por no saber tirar a tiempo y adelantarte.

Mientras me habla, va hacia donde están las chicas y coge su trompa. Del grupo de chicas oigo una voz que le dice:

—Dile a ese señor si no le parece que es muy mayor para estar jugando a eso.

—Ese señor es mi amigo y juega conmigo a lo que quiere— responde el Mundi en plan protector de desvalidos.

Mientras retorna al lugar donde me encuentro, viene sonriendo y liando el trompo, pero esta vez, para volver a metérselo en el bolsillo.

—¿Y a punzón o tijera?

La pregunta me coge descolocado, pensando que estaba yo, en lo que fui en eso de los juegos de barrio y en lo que me he quedado, a la vista de los resultados.

Como ve que no le respondo insiste.

—Si hombre, si, eso que se colocan unos detrás de otros inclinados, con la cabeza metida entre las piernas del de delante, como si todos formaran una caballo largo y los otros saltan encima...

—Ah, sí —le digo—, perdona, estaba distraído.

Y para que vea que sé lo que me dice continuo:

—Si y que cuando han saltado todos y están encima de los otros, uno de ellos mostrándole uno o dos dedos al que hace de juez, dice: ¿punzón o tijera? El jefe de los que están debajo, haciendo de caballo, contesta y si acierta, los otros pasan a hacer de jumentos y ellos a saltar encima.

Eso— me dice, satisfecho de que me aclare.

—Pues verás, cuando nosotros jugamos a ese juego el Pitu no puede jugar, sus padres no le dejan y hace de árbitro.

—¿Y por qué no le dejan?— pregunto intrigado.

—Pues porque le duele el corazón.

—Hombre, será porque padece del corazón.

—Bueno será por eso, la cuestión es que no juega nunca y cuando le veo me da pena porque le gustaría ser como nosotros. Tampoco hace carreras dando vueltas a la manzana.

—Pobre Pitu, lo tiene que pasar mal. En fin, así es la vida. Hoy ¿a qué vais a jugar?

—No sé, pero hace tiempo que no jugamos al hingue. ¿Sabes cómo se juega? Verás...

—Vale, vale —le digo— otro día me lo explicarás, para ver si jugáis como jugábamos nosotros. Ahora tengo que irme.

Ya me veía clavándome el hínque en un pie. Después del éxito de la peónza, cualquier cosa.

—Bueno, en eso quedamos —me dice, conforme con mi propuesta— y se da media vuelta yéndose en busca de sus amigos, supongo, con su niki, sus pantalones cortos, sus sandalias y el bulto descomunal que le producen el trompo en el bolsillo del pantalón, del que le cuelga el final del cordel con la chapa.

IV

No puedo creermé lo que veo. Conforme se va aproximando hacia mí, estoy más seguro de no equivocarme.

—¿Pero, qué te ha pasado?— exclamo sin salir de mi asombro.

—Me caí de la bicicleta— dice escueto.

Como es verano, lleva una camisa medio desabrochada, debajo de la que se ve una escayola, a guisa de coraza, que le envuelve todo el tronco y que se prolonga por su brazo izquierdo, colocado en horizontal a la altura del hombro y doblado por el codo en forma de ele. Para andar tiene que levantar un tanto el cuello porque el brazo escayolado le dificulta la visión. En resumidas cuentas, Mundi, está escayolado desde la cintura hasta la muñeca del brazo izquierdo.

—Pero vamos a ver, alma cándida, te caíste de una bici o de un tercer piso.

—De una bici y no te rías tú también.

Veó que se siente un poco ofendido y trato de suavizar la situación.

—A ver, explícame como fue.

Viendo mi interés se siente más a gusto y empieza su relato.

—Pues verás, el Jose tiene una bici de carreras y su hermana mayor una de chica. El otro día, después de la siesta y aprovechando que su hermana estaba en clase particular, porque ha cateado, nos fuimos él y yo al garaje donde guardan las bicis y me dijo que podía coger la de su hermana, pero que no podíamos estar mucho tiempo porque la clase sólo duraba hora y media y si se enteraba que le cogía su bici, se la cargaba. La bici me venía grande y sólo podía ir de pie sobre los pedales pues al sillín no llegaba. Nos piramos a una calle que no pasaba ningún coche y el Jose, que iba delante, empezó a ir más deprisa y yo detrás y de pronto dijo que hiciéramos un sprint.

—Un poco abusón el Jose, con una bici de carreras él tendría ventaja, ¿no?— le digo por tomar parte en la conversación.

—No creas, no me llevaba tanto. Así que empecé a darle más deprisa y de pronto se rompe el pedal izquierdo y yo que iba a toda pastilla no me maté de milagro del porrazo que me pegué. El Jose seguía a lo suyo y no se dio cuenta de que yo no iba detrás hasta que volvió la cabeza y me vio en el suelo rodeado de gente y no sé si por la impresión o por qué, la cuestión es que él también se cayó aunque no se rompió nada, pero se llenó de rasponazos. Así que nos levantaron y nos llevaron al hospital a los dos, aunque yo no me enteré mucho pues iba medio mareado.

—Te harías mucho daño, ¿no?

—Ni te lo cuento, me he roto el brazo por el húmedo.

—Será por el húmero.

—Bueno será, pero me lo he roto muy cerca del codo,

tal que aquí—y se señala la zona donde la escayola hace el ángulo recto.

—¿Y tienes para mucho tiempo?

—Dice mi madre que para todas las vacaciones y que a lo mejor voy al colegio cuando ya haya empezado el curso.

—¿Estarás muy molesto?

—Sí, bastante, cuando sudo me pica y de vez en cuando, mi madre me rasca metiendo una aguja de hacer punto por el hueco que la escayola hace en la espalda.

—Menuda faena, todo el verano sin poder bañarte en el río.

—Sí, pero tengo una ventaja, el dueño de ese bar me deja sentarme en una silla a la sombra mientras al resto de mis amigos no les deja y les despacha en cuanto les ve sentarse. Además me coloco los tebeos, cuando los leo, en el brazo como si fuera un aparato de esos que emplean los músicos.

—Un atril.

—Eso.

—Bueno, alguna ventaja tienes.

—Sí, la pena es que no puedo ir a pescar cangrejos.

—Ah, ¿pero tú pescas cangrejos?

—Ayudo.

—¿Cómo que ayudas?

—Sí, los que los pescan son algunos padres de mis amigos y a nosotros nos llevan para ayudarles a recoger los reteles. Luego, con todos los que han pescado organizan una buena merendola en el bar y a nosotros nos ponen una cazuela aparte para que comamos. ¿A ti te gustan los cangrejos?

- Pues sí, ya lo creo.
- Ellos los hacen guisados con tomate.
- Hace una pausa y al poco dice cambiando de tema:
- A mí me da pena el Jose.
- ¿Y qué le pasa ahora al Jose?
- Pues que desde lo de la bicicleta, su padre le ha castigado sin bici todo un mes. Y su hermana, no veas, cuando me ve con este andamio puesto, se desternilla de risa.
- ¿Te gustaría tener una bici?
- Ya lo creo, aunque lo veo un poco difícil. Las navidades pasadas jugó mi madre un boleto a la Tómbola de Caridad y uno de los premios era una bici; pero ni por esas, nos salió un papelito que ponía: Siga jugando. Dice mi madre que deben de hacer trampas y el último día es cuando meten el boleto de la bici para que la gente juegue el resto de los días.
- Pues no creas que tu madre va muy descaminada.
- ¿Tú tuviste bici cuando eras pequeño?
- Pues la verdad es que no. A lo sumo que llegué fue a un triciclo.
- Aquí alguna de las chicas del barrio tiene patines. La hermana del Jose también tiene y además muy chulos, de cojinetes de bolas.
- En el barrio hay un ciclista de los que corren carreras. Cuando viene de entrenarse deja la bici apoyada en uno de los árboles que hay en la acera, cerca del bar, mientras él se toma un porrón de cerveza con gaseosa para recuperarse.
- Buena bebida isotónica, sí señor— le comento.
- No sé lo que es eso.—me dice y sigue a lo suyo—Un

día, al Félix, que monta muy bien, le dejó dar una vuelta con los pies metidos en las rastras y todo. La bici lleva cambio de marcha de piñones y de plato. El otro día estuvimos viendo como cambiaba un tubular. ¿A que no sabes de qué marca es el cambio de marcha que lleva?

—Pues la verdad es que las bicis no son mi fuerte, tu dirás— le contesto haciendo gala de mi ignorancia en la materia.

—Campagnolo— me dice sin apenas dejarme terminar.

Él lo pronuncia “campanolo”, pero le entiendo.

—Mira —me dice— esa que está saltando a la comba, sujetándose las faldas, es la hermana de mi amigo, la dueña de la bici.

La chica no le presta atención y Mundi y yo pasamos de largo.

—Te advierto que el juego de la comba es muy chulo. Hay veces que las chicas del barrio nos dejan jugar con ellas y nos lo pasamos chachi aunque el Jose, de bici mucho, pero de saltar a la comba es un patoso y se pasa el rato dándole a la cuerda mientras saltamos.

—No se puede tener todo— le digo.

—Si— dice, dándome la razón y sintiéndose satisfecho de que, al menos en eso, le gana al Jose.

De pronto caigo en que lleva parte de la escayola pintada con nombres de chicos y chicas.

—Oye, ¿y todos esos nombres?

—¿Ahora te das cuenta? Son nombres de mis amigos del barrio.

—¿Y esos dos corazones con la flecha uno con tu nombre y el otro en blanco?

—Esos me los he pintado yo.
—¿Y por qué el corazón en blanco?
—Porque es mi secreto.
—¿Y no podemos compartirlo?
—Pues no.
—Y cuando te preguntan tus amigos, ¿qué les dices?
—Ja, ja, ja —se ríe— lo mismo que a ti: que todo lo quieren saber.

V

—Estás para una fotografía— le digo.
—Mundi me mira y duda si me estoy quedando con él o se lo digo en serio.
—De verdad, vas hecho un fardón— asevero para que vea que no me estoy riendo de él.

Me lo he encontrado cerca del colegio y va de uniforme: pantalones cortos, medias, camisa blanca, corbata, jersey de pico, chaqueta, capa y gorra. Él se echa la capa hacia atrás en alarde de dominio del vestuario.

—Tengo ganas de que me pongan pantalones largos— me dice como toda respuesta.

—No tengas prisa cuando los lleves querrá decir que por lo menos han pasado dos años y serás dos años más mayor. Vive el día a día de tu vida, todo llegará a su debido tiempo.

—Ya, pero yo tengo ganas de ser más mayor. Creo que para las navidades próximas mi madre me va a poner pantalones bombachos como los de Pedrín. ¿Tú llevaste bombachos?

—Era el paso intermedio entre los cortos y los largos, excepto para los niños que eran altos que pasaban directamente a los largos— le contesto.

—Ese no es mi caso—me dice.

Le miro con detenimiento y no puedo por menos que esbozar una sonrisa.

—¿De qué te ríes?— me dice, un tanto mosca.

—Perdona pero es que me hace gracia verte con esa gorra que se te sujeta en las orejas.

—Vale, gracioso. Ha habido algún listillo que me la ha cambiado y me está grande. Sé quién ha sido, así que cuando vuelva al colegio, esta noche, trataré de arreglar la cosa.

—Mira, si te sirve para algo, te aconsejo que metas una tira de papel dentro de la badana que va rodeando el interior de la gorra; así se hará más estrecha y se te meterá menos en la cabeza. Eso, si no encuentras al que te cambió la gorra. Y no te enfades hombre, era una broma. Mira, para compensar, si te parece, entremos a ese bar a tomar algo, si todavía tienes tiempo, hace mucho que no charlamos y así me cuentas cosas.

—Si, tengo tiempo, quedan tres cuartos de hora para tener que estar en el colegio.

Lo ha dicho todo muy deprisa como si estuviera esperando que le propusiera algo parecido.

Entramos en el bar en cuya televisión, en blanco y negro, están poniendo un programa de entretenimiento para las tardes del domingo. La atmósfera está cargada de humo y las ventanas de cristalería que dan a la calle, totalmente empañadas por la diferencia de temperatura con el exterior.

Observo a Mundi y veo que, conforme vamos adentrándonos en el bar, su mirada no se aparta de una bandeja de churros y porras recién hechos, que hay en la barra del bar ; aunque a lo que huele el establecimiento, es a la fritanga de los calamares.

Nos sentamos en una mesa y mientras se quita la capa y la gorra, le digo:

—Lo mismo te apetece merendar unos churros con chocolate. Así, luego, en el colegio, te da igual lo que te vayan a poner para cenar. Claro que si prefieres un bocadillo de calamares...

—Vale —me dice sin apenas dejarme terminar— me apunto al bocata, tú ya sabes lo que se cena en los colegios.

Así que pedimos. Cuando viene el camarero con los bocadillos en una bandeja, Mundi lo va siguiendo con la mirada, con miedo de que se caiga algún calamar de dentro del bocadillo, ya que éste va a rebosar. Mientras, otro camarero está sirviendo a la mesa de al lado unos churros con chocolate y cuando, con un azucarero metálico, espolvorea los churros que están sobre el plato yo creo que, a Mundi, le aflora un hilillo de saliva por la comisura de los labios y es como si dudara si ha acertado al pedir los calamares.

Falsa alarma, en cuanto se retira el camarero de nuestra mesa me dice:

—¿Puedo empezar?— y, viendo que le asiento con la cabeza, se lanza en un perfecto abordaje sobre uno de los bocadillos y, en un gesto mecánico, perfectamente sincronizado, mientras con las dos manos rodea el bocadillo para impedir que se le caiga ningún calamar, le da un bocado que al introducirse en la boca, antes de empezar a masticar, le produce un abultamiento de

carrillos tal cual el anuncio de Netol. Eso sí, ha calculado mal el mordisco y un trozo largo de anilla de calamar, se le queda colgando de la boca. No se inmuta, deja el resto de bocadillo en el plato y con una mano se introduce el trozo en la boca y empieza a masticar.

—Tranquilo —le digo— no te lo va a quitar nadie y corres peligro de atragantarte.

Mastica un rato y, al poco, cuando ya puede hablar, me dice:

—Es que los calamares así me gustan mucho, en casa, mi madre los pone con salsa negra y me gustan menos.

—Los que pone tu madre en salsa negra se llaman en su tinta, y estarán también muy buenos.

—A mí me gustan más así— me dice escueto.

—Bebe un poco de agua para que te pasen mejor— le aconsejo.

—Ahora viéndole más de cerca me doy cuenta de que tiene la mirada triste.

—Oye —le pregunto—, ¿te pasa algo?

—No, nada importante, es mi primer domingo después de venir de vacaciones de Navidad y me acuerdo de mi casa.

No puedo por menos de acordarme de lo mal que me sentaba el tener que volver al colegio después de una vacaciones. Aquellos viajes largos y tristes, siempre de noche, con aquellas estaciones tan oscuras y más en invierno y la perspectiva de que, como nada, en cinco meses no volvías a casa.

—¿Qué tal te lo has pasado?

—Bien, muy bien, como ves, este año, he podido ir en navidades; ya sabes que ha habido algunos años en que las pasaba en el colegio.

—Pues me alegro, así habrás cargado las pilas. ¿Dónde has pasado la tarde?

—He estado dando vueltas por la Gran Vía, ¿la conoces?

—Ya lo creo, es muy bonita y está siempre llena de gente.

—Si, nosotros la subimos por una acera y la bajamos por la otra y luego al revés. Lo que más me gusta son las carteleras de los cines.

—¿Te gusta el cine?

—Mucho, pero los de la Gran Vía son muy caros. Ahí no vamos, nosotros vamos a los del barrio, son de sesión continua y ponen dos pelis. Además yo sólo puedo ir a las que son “Toleradas para menores”. Es muy bonito ver las caras en grande de los artistas que parece te miran a ti y siento como si no estuviera conmigo, sino viviendo las aventuras de los personajes de las carteleras como uno más de ellos.

—¿Sabes?, había una muy grande en la que se veía un puente hecho con troncos de madera y un militar con gorra parecida a la mía, se titulaba algo así como un puente encima de un río. Bueno no me acuerdo del título pero algo de un puente.

—“El puente sobre el río Kwai” —le digo, en plan abusón— esa peli la llegarán a ver tus hijos el día de mañana y puede que tus nietos.

Se me queda mirando como sin entender lo que le digo.

—Es una película muy buena, pasará a la historia del cine— trato de explicarme para aclararle las ideas.

—Otra que ponen y que me gustaría ver cuando la pongan en el barrio es La vuelta al mundo.

—Si, “La vuelta al mundo en 80 días”, esa película también puede que la vean tus hijos y hasta harán otra nueva con otros artistas y una de dibujos animados.

—Jolín lo que sabes— me dice acto seguido.

—Nosotros solemos hacer concursos sobre nombres de artistas y títulos de películas— y continúa:

—Estas navidades estuve viendo con mis primos “Cerca de la ciudad,” y una del Gordo y del Flaco, que no me acuerdo como se titula. Entramos en el cine a la 4 de la tarde y no salimos hasta las 9 de la noche; la primera nos la vimos dos veces. Cuando vamos al cine, los del barrio, vamos a gallinero, nos lo pasamos muy bien. Otras veces vamos al cine de Educación y Descanso que es muy barato y ponen películas de Rin Tin Tin y del Coyote, aunque muy cortadas porque cambian de rollo cada dos por tres.

Ha terminado el bocadillo y lanza miradas a los churros de los de la mesa de al lado, así que le digo:

—¿Te apetecerían unos churros?

Mira el reloj redondo que hay en la pared tras la barra del bar.

—No, me dice, quedan diez minutos para entrar y me tengo que ir.

—Bueno, pues otra tarde que coincidamos te invitaré.

—Vale— me dice mientras se levanta y se pone la capa y la gorra.

Cuando vamos hacia la puerta, unos clientes en la barra, mientras se toman unos vinos, están comentando los resultados de los partidos que el dueño del bar ha ido colocando en una pizarra junto al reloj y un cartel con la foto de los jugadores del Real Madrid.

Salimos a la calle y hace un frío que pela.

—¿Ves ese que viene por ahí?

Es otro pifano de su edad, que va deprisa hacia el colegio encogido para tratar de aliviar el frío.

—Ese es Justino, duerme al lado mío y ¿a que no sabes qué la pasa?

—Pues la verdad es que no— le contesto intrigado.

—Pues que duerme con los ojos abiertos.

—¡No me digas!

—Como lo oyes, duerme al lado mío, y duerme con los ojos abiertos como los muertos en las películas, ya te contaré, ahora no me da tiempo.

—Adiós —le digo— nos volveremos a ver, espero que pronto.

—Vale—me dice, levantando la voz y sujetándose la gorra, porque se va alejando, tratando de alcanzar a su compañero—y gracias por el bocadillo, estaba muy bueno.

Siempre me sorprende y me descoloca. Yo emprendo la marcha en sentido contrario pero aún me da tiempo a oír la voz de Mundi llamando a su amigo:

¡Justinooooo!

VOLVER

Autor: Carlos Piserra Velasco

Primer premio del concurso de Relatos 2009

VOLVER es una bella historia de amor entre pínfanos, que muy bien pudo haber sucedido. Su primera parte describe el amor juvenil que surge entre una pínfana del Colegio de la Unión, y un pínfano del Colegio de Santiago, que se desvanece cuando ambos dejan los colegios. En la segunda parte se produce un emotivo encuentro con motivo de la celebración del V Día del Pínfano. Sellarán su amor asistiendo juntos al VI Día del Pínfano, desvelando durante su celebración la sorpresa que cada uno guarda para el otro.

Sonó el despertador y Javier de un salto se puso en pie. Durante muchos años se había convertido en algo mecánico mientras pensaba donde tenía que volar. Aquel día de mayo iba a ser diferente. Cogería el AVE para reunirse con Ana María en Madrid y juntos viajarían a Málaga para celebrar el VI Día del Pínfano. El espejo del lavabo reflejaba el rostro de un hombre que no pasaba desapercibido a la mayoría de las mujeres. Alto, de cuerpo atlético, tez morena y curtido por los aires de medio mundo, era el prototipo del galán de cine de los años sesenta. Mientras se afeitaba recordaba cuando la conoció y como se había producido su

encuentro durante la celebración del V Día del Pínfano.

Su vida se truncó al fallecer el padre, comandante de Artillería y profesor en la Academia de Segovia. Estudiaba 4º de bachiller en el Instituto y para continuar su formación tuvo que ingresar en los Colegios de Huérfanos del Ejército. Llevaba varias semanas en el Colegio de Santiago, coloquialmente conocido por “El Bajo”, cuando se hizo amigo de Chus, que todas las semanas visitaba a su hermana Carolina en el Colegio de La Unión.

En una de estas visitas acompañó a Chus, que había pedido a su hermana asistiese con una amiga, y para no llamar la atención de las monjas, siempre muy estrictas en las relaciones de sus niñas con los chicos, acordaron que se hiciese pasar por prima de Javier. Después de asearse y sustituir el “trapillo” por el uniforme azul-marino, salieron del Bajo camino de La Unión.

Al llegarles salió al paso la Hermana portera que rápidamente reconoció a Chus, pero no a Javier, a quien miró con ojos inquisidores. Chus explicó a la Hermana que su amigo se llamaba Javier, que estaba también en el colegio y quería ver a una prima. *¿Y cómo se llama tu prima?*, preguntó a Javier la Hermana portera. ¡Santo Cielo!, pensó para sus adentros Chus, ¡Se le había olvidado decir a Javier como se llamaba la amiga de su hermana! *Perdónele, Sor Patrocinio, es muy vergonzoso y está muy asustado*, saltó rápido Chus a la vez que pronunciaba el nombre de Ana María Salazar Torres como presunta prima de Javier. *¡Venga, pasar a la Sala de visitas, que ahora mismo las mando llamar!* Javier sintió un gran alivio, aunque su corazón no dejaba de palpar pensando en cómo sería su “prima” y como la debía saludar.

¿Se debían besar? ¿Le parecería bien a la Hermana portera? A los pocos segundos ya había tomado una decisión, sí, la besaría en la mejilla, era lo normal entre primos. Al rato apareció Carolina acompañada de un ser angelical, o al menos eso le pareció a Javier, quien dirigiéndose hacia ella le dio un par de besos. *Hola Ana María, hacía tiempo que no te veía, ¿qué tal está tu madre?* Bien respondió tímidamente Ana María, *¿y la tuya?* se creyó en la obligación de responder, a la vez que dirigiéndose a Carolina le dijo, *este es mi primo Javier*. Habiéndose saludado y hecho las oportunas presentaciones,

Sor Patrocinio, que las había presenciado, se retiró convencida del parentesco que les unía. *¡Chicos!, exclamó Chus que se había sumido en un silencio expectante, ¡vaya par de actores estáis hechos! ¡se os podría contratar para el teatro!* Una vez se hubo retirado Sor Patrocinio, Javier tomó la mano de Ana María a la vez que balbuceaba “*encantado de conocerte*”, sintiendo como algo que no alcanzaba a definir recorría todo su cuerpo.

A esta primera sucedieron otras muchas visitas. Se saludaban con la mano si no había nadie del colegio presente, pero se besaban si alguien les observaba. Poco a poco fueron intimando, hablando de sus familias, de las cosas del colegio y de sus proyectos futuros. Dejaron de darse la mano, besándose y sintiendo latir con fuerza sus corazones en cada visita. La semana se les hacía larga, contando los días, horas y minutos que faltaban para el próximo encuentro. A veces Javier, aprovechando el recreo saltaba la tapia que separaba ambos colegios, encontrándose con Ana María al fondo del jardín, en donde un atardecer de primavera se dieron su primer beso.

Al terminar el Bachillerato Superior Javier se preparó en el Colegio de Santa Bárbara ingresando al año siguiente en la Academia del Aire. Escribía una carta por semana a Ana María, pero con el tiempo se fueron espaciando, especialmente cuando Magdalena, una bella murciana, se cruzó en su vida. Varias lo habían intentado, pues su fuerte personalidad y saber estar atraía y encandilaba a las mujeres, pero el recuerdo de Ana María había evitado cualquier tentación. Javier se dejó seducir por el enorme atractivo físico de Magdalena, pero al descubrir que era una coqueta incorregible sufrió una tremenda decepción refugiándose en el estudio y la práctica de los deportes. Salió de la Academia y después de cumplir las condiciones exigidas por el Ejército del Aire, solicitó el pase a la situación de supernumerario ingresando en una importante línea aérea. Su vida sentimental se estabilizó cuando conoció a Beatriz, una azafata con la que se casó en Zaragoza, ciudad en la que se instaló el matrimonio. Un hijo y la creación de la primera Escuela de Pilotos en España fueron los hitos que marcaron esta etapa de su vida, pero la fatalidad hizo que Beatriz falleciese en un accidente de aviación.

Pasados unos años tuvo un encuentro casual con Jaime Aguilar, compañero en los Colegios de Huérfanos, que le informó sobre la Asociación y la Web dedicada a los pínfanos. Aquella misma tarde entró en la red, quedando impresionado al contemplar las imágenes e historias de sus antiguos colegios. ¡Qué recuerdos! En un apartado anunciaba la celebración del V Día del Pínfano en Madrid y Toledo. Repasando la lista de asistentes reconoció los nombres de antiguos compañeros, quedando petrificado cuando sus ojos se posaron en uno: Ana María Salazar Torres.

¡Ana María! No lo dudó, formalizó su inscripción como socio y se apuntó a la celebración de los Actos del V Día del Pínfano.

Para Javier el Encuentro se iba a celebrar el sábado, pues el avión que pilotaba procedente de Nueva York llegó cuando todos se habían retirado a sus habitaciones. Al pedir su llave en la recepción solicitó el número de la habitación de Ana María, durmiéndose poco después pensando cuál sería su reacción al encontrarse después de tantos años. Quería estar seguro y reconocerla sin dudar, así que se levantó temprano acercándose a su habitación en el momento en que salían dos mujeres, reconociendo en una de ellas a Ana María. Las siguió hasta el salón donde se servían los desayunos sentándose en una mesa próxima. A los pocos minutos se levantó y saludando cortésmente dijo: *Aquí hay una persona a la que conocí hace tiempo cuando estaba en el Bajo.* Ana María le reconoció, ¡cómo no le iba a reconocer! ¡tantas veces le recordó y soñó con él! Se ruborizó descubriendo que se refería a ella. *¡Ana María!, ¡Javier!*, exclamaron casi al unísono, a la vez que se fundieron en un cariñoso abrazo. *¡Que alegría Ana María!, aunque sabía que te encontraría aquí. ¿Cómo?*, exclamó Ana María, *¿Sabías que iba a venir? Si, vi tu nombre en la lista de asistentes y no he dudado en asistir al V Día del Pínfano.*

¡Hay que darse prisa, solo faltan 10 minutos para que salgan los autobuses, y en Toledo nos esperan!, exclamó uno de los organizadores. Se sentaron juntos en el autobús, ¡tenían que contarse tantas cosas! Ana María, *¿qué es de tu vida, estás casada?*, fue una de las primeras preguntas que le hizo Javier. *Estuve a punto de hacerlo, pero al no estar segura preferí vivir*

con mi madre hasta que falleció. No pararon de hablar en todo el trayecto ni en los días que duraron los Actos del V Día del Pínfano, contándose sus vidas desde que salieron de los Colegios de Huérfanos. Ana María sacó unas oposiciones al Ministerio de Hacienda y había asistido a todos los Días del Pínfano desde su creación. Javier le contó también su vida sin olvidar detalle.

En Toledo visitaron la Academia de Infantería y asistieron a la Asamblea General, interesándose Javier por las Actividades que realizaba la Asociación. Después de la comida y reparto de premios una pertinaz e inoportuna lluvia impidió continuar con la programación prevista. Ana María y Javier enfundados en sus impermeables y protegidos con un paraguas decidieron dar un nostálgico paseo por las tortuosas calles de la ciudad. Paseaban lentamente absortos sintiendo caer la lluvia, cuando Javier acercándose a Ana María le susurró al oído : *¿Podrás perdonarme? ¿Pero por qué?* contestó Ana María. *Por no haberte buscado y dejar pasar el tiempo sin salir a tu encuentro. Es como si tuviéramos que **Volver** a empezar.* No, Javier, no tienes que pedir perdón por nada, la vida es así y ahora lo mejor es alegrarnos por este inesperado encuentro, contestó Ana María a la vez que se acercaba a Javier para protegerse de la lluvia. *¡Eres muy buena Ana María, te prometo que no me olvidaré de ti nunca más!*, y volviéndose hacia ella le dio un delicado beso en la mejilla.

Emotivos y entrañables fueron los actos celebrados en el antiguo Colegio de Santa Bárbara, especialmente cuando se cantó “la muerte no es el final”. Aunque solo estuvo un año, Javier sintió que el tiempo retrocedía recordando aquellos meses de estudio intenso que le

permitieron ingresar en la Academia del Aire. Al terminar la comida del Adiós que tuvo lugar en el Club Militar la Dehesa, se brindó por la Asociación y Javier juntando su copa con la de Ana María exclamó mirándole a los ojos: *¡qué bella y bonita eres!*, a lo que ella contestó: *“los años no pasan en balde y ya no soy la niña que conociste en el Colegio de La Unión, pero agradezco mucho tus palabras”*. Los asistentes que habían presenciado la escena les dedicaron un fuerte aplauso. A continuación Javier se acercó a la mesa de Presidencia saludando a varios miembros de la Junta Directiva coetáneos suyos en los colegios, quienes cruzando miradas de complicidad le presentaron al Presidente y restantes miembros de la Junta, a quienes felicitó por la organización del V Día del Pínfano que le había permitido el encuentro con Ana María. Todo eran abrazos y despedidas al pie del autobús con la promesa de volverse a ver al año siguiente en Málaga durante la celebración del VI Día del Pínfano.

Y ese día estaba a punto de llegar, después de un año de felicidad durante el que se estrechó la relación entre Javier y Ana María. Viajaron por todo el mundo, descubriendo que ya no podrían vivir el uno sin el otro. Al llegar a la estación de Atocha se reunió con Ana María, y juntos subieron al tren que les llevaría hasta Málaga. Al poco de iniciar la marcha cerraron los ojos, pero sus mentes despiertas repasaban la sorpresa que cada uno guardaba para el otro. Javier llevaba una propuesta de matrimonio y trasladarse a vivir a Madrid si ella aceptaba, en tanto que Ana María pensaba cual sería la reacción de Javier cuando le dijera que iba a ser padre.

EPÍLOGO

El tren llegó puntual y un taxi les trasladó a la Residencia Castañón de Mena donde tenían hecha la reserva. Recogiendo las llaves en la recepción se dirigieron a sus habitaciones situadas en la tercera planta. Javier después de refrescarse, recorrió el cerrojo de la puerta que separaba sus habitaciones, a la vez que la golpeaba suavemente con sus nudillos. Al poco se abrió la puerta y apareció una Ana María radiante envuelta en un perfume que le resultaba familiar. *¿Qué te parece?*, exclamó Javier. *¡Oh, muy bien!, ya había estado con mi madre en alguna residencia militar, pero ninguna como ésta*, respondió Ana María. Entrando en la habitación Javier la rodeó por el talle dirigiéndose a la terraza, pero al pasar por delante de un espejo la giró presionando ligeramente su cintura, a la vez que le susurraba al oído, *¡Mira, estás preciosa!*, le dijo sin poderse contener, a la vez que la rodeaba con sus brazos. *Tengo una sorpresa para ti. ¿Qué clase de sorpresa? ¡Dímelo, me tienes en ascuas!*, le espetó con cierto aire de impaciencia Ana María. *Pues, pues...*, balbuceó Javier, *que había pensado en trasladarme a Madrid si quisieras casarte conmigo*. Por un momento, Ana María sintió que se había detenido el tiempo. Bien era cierto que lo había pensado infinidad de veces, pero así, de sopetón, en el momento más inesperado, le había dejado sin aliento... anonadada. *¡Vamos, contesta!, ¿es que me vas a rechazar?*, inquirió expectante Javier. Ana María suspiró profundamente, a la vez que girando sobre sí misma se colocó frente a él sellando su boca con un cálido beso. *Esta es mi respuesta, que quiere decir, ¡sí quiero!, y ahora como no voy a ser menos, también tengo una sorpresa*.

Cogiéndole la mano salieron a la terraza admirando el panorama y la belleza de los jardines situados delante de la fachada principal de la Residencia. Hasta ellos llegaba el rumor del agua que discurría por el conjunto de canalillos situados bajo la terraza. *Ahora soy yo el que siente curiosidad por conocer tu sorpresa*, dijo Javier, a la vez que se colocaba junto a ella. Ana María, que había experimentado un gran alivio con la petición de Javier, sintiendo que su corazón latía con gran fuerza, se tomó un tiempo antes de responder. Estaba segura de que la noticia sería bien recibida, pero era la primera vez que se enfrentaba a una situación así. Con la vista al frente y mirando de reojo a Javier, le dijo sin más: *que vas a ser padre. ¿Qué has dicho?*, saltó Javier dando un respingo hacia atrás. *¡Pues he dicho que vas a ser padre!* Javier, recuperándose del shock exclamó: *¡qué alegría Ana María!, ¡Era lo único que nos faltaba para ser completamente felices!*, y acercándose le devolvió el beso que anteriormente había recibido. *¿Y cómo no me lo habías dicho antes? No lo supe con seguridad hasta dos días antes de venir a Málaga, y pensaba decírtelo en estos días. ¿Y te han dicho qué es? No, todavía no se sabe. ¡Será una niña, seguro!*, apostilló Javier, *¡siempre quise tener una hija! Bueno, ya veremos*, le respondió Ana María, *pero lo que me gustaría es invitar a todos los pínfanos que quieran ir a la boda. Hecho*, contestó Javier, *lo anunciaremos después de la Asamblea General.*

Descansaron un par de horas y, después de una reconfortante ducha, se vistieron adecuadamente para el cóctel y la Cena de Encuentro, servida en uno de los jardines de la Residencia.

Él, traje oscuro, camisa blanca y corbata de color

granate; ella un traje rojo escotado dejando al aire sus bien torneados hombros. Javier al verla no pudo contenerse y exclamó: *¡Estás maravillosa! ¡voy a ser el hombre más envidiado!* Y así fue. Nada más entrar en el hall de recepción todas las miradas de los bulliciosos asistentes al Encuentro confluyeron en la pareja. Amigos y conocidos se acercaron rápidamente a saludarles, en tanto que el resto era informado de la aventura que estaban protagonizando. Saliendo al jardín, Ana María sintió un ligero escalofrío, pidiendo a Javier que le bajara un chal de la habitación, mientras ella, rodeada de compañeros y amigos contestaba a sus preguntas, especialmente de las mujeres, que no disimulaban la admiración que sentían por su acompañante. Javier la cubrió delicadamente con el chal, sentándose ambos en una mesa con tres amigos del colegio y sus correspondientes parejas. Durante la cena Javier se acercó a saludar al Presidente, informándole de sus intenciones matrimoniales y de invitar a todos a la boda, solicitando permiso para dirigirse a los asistentes al día siguiente.

Terminada la Asamblea, el salón en el que había tenido lugar se fue llenando con otros muchos, que no querían perderse la noticia que había venido circulando en las últimas horas. El Presidente cedió la palabra a Javier quien después de saludar a todos, se dirigió a la concurrencia con estas palabras: *“Es para mí una enorme satisfacción comunicaros que Ana María y yo hemos decidido contraer matrimonio a primeros del próximo mes de junio, y por expreso deseo de ella, estáis invitados a la boda todos los pínfanos que quieran asistir con sus respectivas parejas. Os debemos mucho. Debemos mucho a la Asociación, que nos ha permitido volver a encontrar el camino de*

la felicidad". Una calurosa ovación cerró las palabras de Javier, a la vez que compañeros y amigos se acercaron para darles la enhorabuena.

La misa en recuerdo de los padres y pínfanos fallecidos, la colocación de una placa recuerdo en el antiguo Colegio de Nuestra Señora de Luján, así como los restantes actos programados para el VI Día del Pínfano, siguieron los cánones establecidos. La comida de despedida o del Adiós, que tuvo lugar en la Residencia, marcó el final de las celebraciones con el deseo de volverse a encontrar el próximo año.

Javier se trasladó a vivir a Madrid adquiriendo un chalet en una de las zonas residenciales que rodean la capital, dedicándose en su tiempo libre a los preparativos de la boda. Ana María tenía el capricho de celebrarla en la Capilla de su querido Colegio de la Unión, transformado hoy día en Centro Regional de Innovación y Formación, dependiente de la Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid. El problema era que la Capilla se encontraba en proceso de restauración, y no estaba previsto que se terminara antes del verano. Javier habló con la Consejera consiguiendo que las obras quedaran terminadas en un mes, haciéndose cargo del pago de las horas extraordinarias que fueron necesarias. Fue una auténtica prueba de amor que Ana María supo apreciar. La Capilla quedó preciosa y más, después de que una empresa especializada la adornara con gran cantidad de flores. A la ceremonia asistió el Presidente de la Asociación acompañado de varios miembros de la Junta Directiva, así como numerosos pínfanos que no se quisieron perder el acontecimiento. Durante la celebración, un coro formado por antiguas alumnas recreó los oídos de los asistentes con numerosos

cánticos, algunos de la época de colegio. El ágape se celebró en una finca situada a varios kilómetros de Madrid por la carretera de Burgos, disfrutando algunos de la fiesta hasta altas horas de la mañana.

Habían pasado varios meses desde que se había celebrado la boda, cuando recibieron la visita de la cigüeña que les dejó una preciosa niña, a la que pusieron de nombre Belén. Mientras Ana María daba el pecho a su hija bajo la atenta mirada de Javier, no pudo por menos de exclamar entre dientes —¡Se salió con la suya! ¡Siempre sospeché que tenía una cabeza muy dura!—, pero, con su hija en brazos, y rebosando de satisfacción, pensó que lo más importante era que junto a Javier había encontrado la felicidad.

MI FAMILIA, PINFANOS INCLUIDOS

Autor: Juan Andrés Álvarez Pérez

Un día en el CHOE de la Inmaculada, nos encontramos en el recreo (curso 1955/56).

Estaba con todos mis compañeros y sin embargo solo, enfrascado en mis pensamientos.

Unas veces, pensaba en la familia de mi madre que, casi todos estaban allá en su pueblo.

Otras veces pensaba en la de mi padre, bastante más cerca su mayoría. ¡Qué casualidad! Allí en el mismo Madrid.

Mi tía “Ela”, vivía en la calle Escosura número 23, en la trasera del Parque Móvil Ministerio, al que mi tío Alberto me había llevado una vez en el coche oficial, subiendo por aquella rampa en espiral tan impresionante, hasta el último piso donde me presentó a sus compañeros.

Por la forma de hablarles, se notaba que estaba muy orgulloso de mí, que llevaba puesto el uniforme azul de Pínfano con la gorra de plato, camisa blanca y corbata negra. No llevaba la capa por hacer buen tiempo, últimos de mayo o primeros de junio, por tanto, primavera.

De vuelta a casa desde el PMM, pasamos por una acera sin calle pero con algo de jardín que, desde la

puerta principal situada en la calle Cea Bermúdez, comunicaba con la misma calle Escosura. Durante este pequeño paseo, mi tío me preguntó: ¿Sabes que mi general y su esposa fueron los padrinos de boda de tu tía y mía? Como no tenía ni idea de esto, así se lo dije.

He de aclarar, que mi tío, era funcionario civil de la administración militar, y su general, nada más y nada menos que el famoso e internacionalmente conocido Millán Astray (del que no hace mucho tiempo me enteré que también era protector de los Pífanos/as de Las Mercedes, es decir, que le faltaban un ojo y un brazo, pero le sobraba corazón), al que servía de conductor por ser también buen mecánico (además de otras muchas virtudes castrenses), desde sus tiempos de legionario durante el conflicto civil.

También me contó que, le había llevado varias veces a Alemania en el coche-despacho-cama, antes y durante la II Guerra Mundial. Así que, esta vez, era yo quien me sentía bastante más orgulloso de mi tío, de lo que ya estaba, por conocer algunas de sus verídicas y extraordinarias historias, tal como, la liberación de su pueblo (Rociana del Condado), por él solito, y sin disparar un solo tiro. Por eso lo buscaban algunos comunistas para liquidarlo y se enganchó a la Legión siendo menor de edad; pero eso es otra historia.

Así llegamos al bar que estaba debajo de su casa, donde tenía por costumbre tomar el aperitivo a diario, antes de subir a comer.

Lo suyo era un vaso de vino con unas tapitas; pero para mí pidió: A mi sobrino le pones una “clara” muy fresquita. Se trataba de cerveza con gaseosa La Casera, en otros bares la ponían con La Revoltosa; pero el

asunto era rebajarla de alcohol para que mi tía no le echara la bronca, porque antes de salir, oí que le decía a mi tío, después de la retahíla de recomendaciones habituales —¡Y a ver cómo me traes al niño!— El caso es que tan sobrino era de una como de otro, ya que si ella era hermana de mi padre, él era hermano de mi madre.

Mi tío me contó que le dijo una vez a mi padre “Cuñado, como tu te has casado con mi hermana, yo me voy a casar con la tuya” y así fue. Esto se produjo después de mi nacimiento Por tal motivo, mis primos son más pequeños que yo, Marilín (5) y Tito (10) (supuestos nombres familiares) y, eso sí, sus apellidos cambiados, o al contrario que los míos.

Mi tío quería pagar y me instaba a que fuera saliendo del bar, porque andábamos muy justo de tiempo y a “La Ela” y a “La Madrina”, no les gustaba que se enfriase el cocido madrileño. Yo me resistía a salir, porque no me quería perder el espectáculo, que consistía en lo siguiente:

Cuando se dejaba propina, el que cobraba voceaba:

¡¡¡BOOOOTEEEE!!! Y, acto seguido, cada uno de sus compañeros de detrás de la barra, se acercaba al aparato que tenía más a mano (campana, cencerro, pandereta), y lo tocaba desaforadamente. Más que la música (que no era), impresionaba, el tesón que ponían en el preludio de dar las gracias, pues cada uno se acercaba a tocar, con lo que en ese momento tuviese en las manos, y la algarabía era muy grande. Solo dejaban de tocar, cuando se había unido a la fanfarria el último rezagado, y entonces, al unísono y con voz potente decían:

¡¡¡GRACIAAAASSS!!!

La semana anterior nos habían visitado, mi tío Diego (el mayor de los hermanos de mi madre), y su esposa Angustias (una gaditana, simpática donde la hubiera), y al oír y ver esta, tal espectáculo, preguntó con su gracia habitual: ¿A qué viene esta juerga chiquillo? A lo que mi tío le dijo: “Na, es que les dejé una perra gorda de propina”. Y ella replicó: “Si por una perra gorda arman tanto jaleo, entonces, si les dieras un real, nos subirían a la casa en camichuche ¿no?”

Del cocido madrileño de mi tía, no quiero contaros mucho por no ponerlos los dientes largos, aparte que desde aquí, no se puede apreciar el esplendor de su olor, sabor ni color, tampoco sus ingredientes, como puede ser la abundante chacina (de la que se adolecía en los del CHOE); pero sí que, en subiendo las escaleras se podían percibir sus olores, y en cuanto se abría la puerta, estos se acrecentaban de tal manera, que inconscientemente se nos aceleraba el paso, y los jugos gástricos preparados, para recibirlos como está mandado.

Estaba a punto de meterme el cocido entre pecho y espalda, cuando oí a mi vera la voz de un Pírfano que me decía:

—Hola, Juan.

—Hola— Le dije sin muchos ánimos de despertar de mi apetitoso sueño.

Era Pepito (le llamaré así por no desvelar su nombre).

—Tu conoces mucho de Madrid. ¿Verdad?

—Bueno... conozco algunas zonas, pues sabes que tengo unos tíos que viven por Quevedo.

Mi tía Isabel que vive en Chamberí, en el nº 15 de la calle Virtudes, su marido (José) tiene una profesión poco común (apuntador de teatro), y tienen una hija

preciosa (Isabel) con 4 o 5 años mayor que yo.

Mi tío Andrés que es maestro, vive con su esposa Emilia en Pueblo Nuevo, al final de la calle Alcalá, donde la Cruz de Los Caídos, tienen 5 hijos: Milagros, Andrés (como su padre y nuestro abuelo), Manuela (como nuestra abuela), Mario y Amelia son los más pequeños; pero todos mayores que yo.

Mi tío Aurelio es maestro, como su hermano mayor; aunque nunca ejerció. Fue Sargento de la Guardia Civil, y al terminar la guerra también lo cesaron, vive por la calle Cartagena en la confluencia con la Avda. de América. Lleva una portería (cedida por su cuñado Alberto) con su esposa María, y tiene 4 hijos: Alfonso (recién casado con Maruja, aceptó la propuesta del Banco de Vizcaya, para dirigir la sucursal de Bata, en Guinea), Paloma (la única hembra), Aurelio (estudia Ingeniería Aeronáutica, pero ahora está haciendo la mili en Aviación, que es lo suyo), y Andrés que es el más pequeño, está de encargado de una juguetería en la calle Fuencarral. Se lo debe pasar bomba probando los juguetes, además que la hija del dueño es un bombón y parece que le mira con muy buenos ojos.

Como puedes imaginar, tengo que conocer algo más que estos lugares, solo por haber visitado mi familia. De manera que, también conozco El Retiro, La Cibeles, La Puerta del Sol, Plaza de España, etc.

—Pero... ¿Por qué me lo preguntas Pepito?

—Porque me dijo mi madre que, mirase la posibilidad de comprarle unas cosas que necesita de Galerías Preciados. He pensado que tú serías muy apropiado para que me acompañes, si quisieras hacerme el favor.

—Pepito, estaría encantado de ayudarte; pero sabes

que los comercios abren los días laborables, y a nosotros nos dan salida los domingos y festivos solamente.

—Ya me encargaré de solucionar ese problema. Y no te preocupes por los gastos, que corren de mi cuenta.

Quedó así pendiente el asunto.

A los pocos días, estando en el estudio, Pepito se acercaba al inspector Monroe y le pedía permiso. Acto diario muy normal para ir al servicio; pero esta vez, no era eso. Al entrar de nuevo en el aula, le dijo otras palabras en voz baja.

El inspector Monroe era impresionante, con su bigote, su traje gris Príncipe de Gales y corbata, una nuez bastante prominente en su largo cuello, que se le notaba a través de la piel cuando subía y bajaba, y su vozarrón muy bien timbrado, no parecía saliese de aquel cuerpo tan delgado; aunque fuerte. Nunca sonreía.

Monroe me sobresaltó diciéndome:

—¡Alvarez, vaya a ver al director!

Y siguió leyendo su periódico.

En este instante pensaba: ¿Qué me habré comido? Pero mi mente no encontraba motivo alguno, lo cual no quitaba dramatismo al momento.

Mientras me dirigía a la puerta, eché una ligera mirada de soslayo a la cara de Pepito, que estaba sentándose en su pupitre; pero esta tampoco me aclaraba nada.

Salí al pasillo y toqué en la puerta de cristales, al mismo tiempo que abriéndola un poco pregunté:

—¿Con su permiso, don Antonio?

—¡Sa, sa, pasa!

El hombre no se mostraba enfadado, antes bien, parecía complacido leyendo el papel que sostenían sus manos.

—Tu compañero Pepito, me ha entregado esta carta de su madre, en la que me pide te permita acompañar a su hijo para hacer ciertas compras en Galerías Preciados, ya que sabes por Madrid y ambos tienen confianza en ti.

Dado que me adjunta una autorización para él, y tú tienes la de tu madre, por mi parte no tengo inconveniente. Así que, si estás conforme, esta tarde después de comer, bien lavados y peinados, os ponéis vuestros uniformes y salís. Él es un chico obediente, de manera que cuídalo bien.

Con la mano me indicaba que saliese del despacho, al mismo tiempo que pronunciaba las últimas palabras, dando por hecho mi conformidad; no obstante, dije despidiéndome:

—Sí, don Antonio.

Al entrar en el aula, Pepito me preguntó con la mirada. Le contesté afirmando con la cabeza mientras sonreía, y él no cabía en sí de gozo frotándose las manos.

Por la tarde y según lo acordado con “El Sasa”, salimos del colegio tan contentos, y nos dirigimos a la parada del autobús de Arturo Soria. Era el número 9.

Él subió primero ya que llevaba los cuartos. Pidió los dos billetes y los pagó.

Daba gusto ver como empezaba a manejarse solo.

El autobús estaba vacío. Me señaló dos asientos preguntándome:

—¿Aquí?

—Si.

Se sentó al lado de la ventana, y me preguntó:

—¿Dónde nos tenemos que bajar?

—No te preocupes, vamos hasta el final. Luego hasta Sol hay un pequeño paseo, y la calle Preciados está allí mismo.

Llegamos a Sol, y tomando la calle Preciados dirección a Callao, encontramos Galerías Preciados.

Nada más entrar, se hizo otra vez con el mando. Preguntó por la sección en cuestión a una chica, que nos indicó la planta a la que teníamos que subir, por las escaleras mecánicas, o por el ascensor.

Esta vez tampoco me preguntó. Se dirigió decididamente a las escaleras.

—¡Cuidado Pepito! Sujétate primero al pasamanos.

A pesar de mi advertencia, el cuerpo se le desequilibró un poco; no obstante, continuamos sin más problemas. Una escalera tras otra, y aquello para él era pan comido. Tan fácil, que incluso era divertido.

Una vez hecha la compra, por aquel avispa Pínfano (mi misión consistía en vigilar, mientras todo fuese bien), volvimos también por las escaleras mecánicas, hasta la planta baja.

Nada más dejar la escalera, y dispuesto a enfilear la puerta de salida, se paró en seco. Creí que se había olvidado algo; más sonrío y me dice:

—Juan, ¿puedo subir otra vez?

Me auto pregunté: ¿Quién le dice al niño que no?

—Sí... como no.

Por un momento me quedé mirando su ascensión; Pero no tardé en distraerme.

La presencia de una guapísima chica cuidando las flores, y que hacía juego entre ellas por su belleza, atrajo mi atención.

Cuando volví la vista a la escalera... ¡Pepito no estaba! De pronto, vi aparecer una gorra azul por encima del siguiente pasamanos. Era la de Pepito que seguía subiendo. Me tranquilicé.

Cuando bajó, no dijo palabra; Sin embargo, la expresión de su cara sonriente, y el modo de inclinar la cabeza, era una nueva petición, a la que accedí diciéndole:

—Si Pepito; pero luego tenemos que irnos.

Unos doce años después... ¿O quizás catorce? Tal vez pueda aclararlo Pepito.

Destinado en la E.A.I. y Transmisiones del Ejército, en Campamento (Madrid).

Recibí la orden de recoger una cinta urgentemente, con la grabación del nuevo Himno de Ingenieros, para unos actos que se realizarían aquella misma tarde. Al parecer, el enviado por TVE de Prado del Rey (donde se grabó la cinta), había equivocado el destino, entregándola en el Regimiento de Ingenieros. Por eso me dirigí al acuartelamiento contiguo a toda prisa, ya que se aproximaba la hora de la comida.

Era la primera y última vez que pisaba aquel cuartel, de manera que pregunté en el Cuerpo de Guardia por el Gabinete de Radio, y me indicaron que estaba detrás del Patio de Armas. Al final, y supongo que como siempre, muy cerca de donde practicaba la Banda de Cornetas y Tambores.

Llegado al lugar, me disponía a entrar en el edificio, cuando de pronto oí que exclamaban a mis espaldas:

—¡Hola Juan!

Me volví, y vi que era uno de los dos Tenientes que parecían recién estrenados, a los que había saludado al pasar. ¡No entendía nada! Aquella familiaridad me desconcertaba; pero él parecía que estaba seguro de lo que veía, y sonreía ampliamente detrás de aquel enorme bigote (digno de un alumno del Foca), que le tapaba media cara.

—Soy Pepe de...

No terminó la frase que pretendía, porque ya me había percatado, y los dos a un tiempo, nos fundimos en un fuerte abrazo, sin miramientos de ninguna clase.

Como podéis suponer, era el mismo Pepito de las escaleras mecánicas de Galerías Preciados.

A su interpelación de que hacía por allí, le conté, y mirando el reloj me dijo:

—Entra pronto que están a punto de cerrar.

Terminada mi gestión salí del Gabinete y ya no había nadie en las inmediaciones.

Muchos años después de mi destino en Tenerife, conseguí averiguar por un compañero, que Pepito era Tte. Col. y estaba destinado en la Casa Real.

Solo me queda decir de él que, ya desde pequeño, se notaba que llevaba el mando dentro; aunque luego lo practicase.

Por lo contado aquí y por los viejos tiempos en el CHOE, me hubiese gustado estar a la orden de Pepito; sin embargo, me conformaría con otro abrazo como aquel, así que si me lees, comunícate y puede que algún día lo logremos.

Como comprenderéis, esta historia y los personajes no son reales. Los nombres me los inventé, yo nunca

existí y vosotros tampoco. Todo es producto de la imaginación calenturienta de este pinfanoide, al que le sigue subiendo la fiebre por momentos.

Cada cual piense lo que quiera; pero yo me tomaré una virtual píldora antitérmica y, con vuestro permiso, me “empiltro”. Os aconsejo hagáis lo propio.

Deseo felices sueños, a todos mis queridos Pínfanos y Pinfanos.

Abracetes.

Julio de 2005



ASOCIACIÓN DE HUÉRFANOS DEL EJÉRCITO

<https://www.pinfanos.es>

secretario@pinfanos.es
c/ Joaquín Costa, 6
28002 Madrid

Este libro se terminó de reeditar el
veintinueve de abril de 2023

